

JAVIER IMAZ FANDOS

LÁGRIMAS ERRANTES



UNIVERSO
de LETRAS

LÁGRIMAS ERRANTES

JAVIER IMAZ FANDOS

UNIVERSO
de LETRAS 

Lágrimas Errantes

Javier Imaz Fandos

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Javier Imaz Fandos, 2026

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2026

ISBN: 9791387715984

ISBN eBook: 9791387716295

*Ana, Javier y Marta.
Por vuestro tiempo robado.*

... «¡Quisiera retener el tiempo por un instante!

*¡Quisiera que ese tiempo retenido por un
instante fuese siempre junto a vosotros!» ...*

Cada referencia literaria e histórica que aparece en esta novela ha sido rigurosamente investigada y fundamentada en documentación real. Esto incluye también las diversas teorías y localizaciones mencionadas a lo largo del texto. Asimismo, las menciones de la «*tortuga voladora*» no son únicamente fruto de la imaginación del autor; tienen una base en el contexto de la narrativa. Con esta obra, el autor espera que el lector, al igual que los personajes que habitan estas páginas, se sienta inspirado a explorar y descubrir más sobre este enigmático ser, ahora que su presencia ha sido revelada en el universo de la novela.

ÍNDICE

Prólogo	11
---------------	----

LÁGRIMAS ERRANTES UN BUCLE ENTRE EL TIEMPO Y LA LEYENDA

PRIMERA PARTE LAS LÁGRIMAS DE YHARTY

Capítulo I. Gante, invierno de 1624. La Caja del Tiempo	17
Capítulo II. Zufaria, verano de 1942. El comienzo de las vacaciones	69
Capítulo III. El secreto del señor Raymond	93
Capítulo IV. Desayuno con el padre	187
Capítulo V. La casita del acantilado.....	199
Capítulo VI. En el viejo y olvidado desván	213
Capítulo VII. Acondicionando el viejo desván	245
Capítulo VIII. En el fondo de la cuestión está la solución.....	265

SEGUNDA PARTE EN BUSCA DE UN MITO

Capítulo I. El fósil de la discordia. Londres, primavera de 1865	287
Capítulo II. 1834, en algún lugar del Pacífico.....	313
Capítulo III. El imperio del opio de Rupert.....	329
Capítulo IV. La expedición del HMS Voyager.....	339
Capítulo V. Vidas paralelas. Sin noticias del HMS Voyager	371
Capítulo VI. Polizones y negreros	403

TERCERA PARTE


LA BÚSQUEDA DE LO IMPOSIBLE

Capítulo I. Madagascar	439
Capítulo II. Isla Mauricio	487
Capítulo III. Motín en el infierno	511
Capítulo IV. Isla Lantau. La guarida de Li Xin	553
Capítulo V. Ma Ling, el alquimista de Cantón	607
Epílogo. Un bucle en el tiempo	627
Agradecimientos	629
Nota del autor	631

MAPAS

Glosario	649
----------------	-----

PRÓLOGO

n el umbral de una narrativa que desafía la linealidad del tiempo y el espacio, «Lágrimas Errantes», *un bucle entre el tiempo y la leyenda*, se erige como un faro en la oscuridad de la literatura convencional. Este texto no es simplemente una obra más en el vasto océano de la literatura de aventuras; es una odisea que zarpa hacia horizontes desconocidos, llevando al lector a través de un viaje que entrelaza lo real con lo fantástico, y la acción con la reflexión.

Desde las primeras páginas, el lector se ve inmerso en un tapiz tejido con hilos de múltiples colores y texturas. Los escenarios se despliegan uno tras otro como cuadros de una exposición: Gante, Myanmar, Islas Cíes, Londres, Escocia, Cabo Verde, Madagascar, Isla Mauricio, Estrecho de Sonda, China... Cada lugar, un mundo en sí mismo, entrelazado con ámbitos temporales que van desde el siglo XVII hasta el XXI, creando una sinfonía de épocas y espacios. Los personajes, aunque no protagonistas de una obra coral, son esenciales en su singularidad y complejidad, aportando cada uno su nota distintiva a la melodía general de la trama.

El autor ha hilado una historia donde la fantasía y la realidad no son entidades opuestas, sino complementarias. La ciencia ficción, lejos de ser un mero escape de la realidad, se convierte aquí en una herramienta para explorar y cuestionar nuestras percepciones del mundo. Lo que una vez se consideró imposible hoy es una realidad, y lo que ahora es un sueño o una hipótesis podría ser el mañana tangible.

Este juego constante entre lo que fue, lo que es y lo que podría ser forma el eje central de esta obra, invitando al lector a una reflexión profunda sobre el tiempo, la existencia y la posibilidad.

Pero más allá de su complejidad temática y narrativa, lo que realmente distingue a esta novela es su accesibilidad. A pesar de la riqueza de sus detalles —datos geográficos, geológicos, matemáticos, físicos,

filosóficos e históricos— y de la profundidad de su contenido, la obra se presenta con un estilo sencillo y directo. Es una invitación abierta para que cualquier lector, independientemente de su trasfondo o intereses, se sumerja en sus páginas y se deje llevar por la corriente de sus palabras, pues la novela fluye con facilidad, educando y entreteniendo al mismo tiempo, sin esfuerzo.

En resumen, *Lágrimas Errantes* no solo es una novela bien construida, impregnada de un espíritu de exploración y descubrimiento, sino que es un paso más en un viaje que promete llevarnos más allá de los límites de nuestra imaginación.

Merece ser leída, pero sobre todo merece ser comprendida y atesorada, pues cada página, cada capítulo, nos conduce a un nuevo mundo por descubrir.

Una novela extensa que se hace corta.

Fernando Cosculluela
Corrector bibliográfico.

LÁGRIMAS ERRANTES
Un bucle entre el tiempo
y la leyenda

PRIMERA PARTE

Las lágrimas de Yharty



l principio, en el mundo solo existía un vacío sin fin, sin forma ni destino. De su insondable oscuridad surgió un océano de leche infinita y, en sus aguas primordiales, flotó una flor de loto. De sus pétalos dorados nació la diosa Shri, quien, con su aliento divino, dio forma a Brahma, el señor de todas las cosas. Pero incluso los dioses están sujetos al equilibrio del cosmos.

Brahma se dividió en dos mitades: Vishmisu, la luz y la bondad, y Shiva, la sombra y la destrucción. Para sostener el orden, Vishmisu adoptó la forma de Yharty, la tortuga voladora, un ser majestuoso que elevó el mundo sobre su caparazón y otorgó paz y prosperidad a los hombres.

Pero las sombras siempre acechan a la luz. Shiva, consumido por la envidia, envió a su avatar, Thron, quien atrapó a Yharty y la encarceló en las profundidades del océano. Fue entonces cuando comenzó la era de la oscuridad de los hombres.

Pero toda prisión puede ser abierta, y todo destino puede cambiar alguna vez. Un joven llamado Rajiv encontró a Yharty y, seducido por sus promesas, aceptó liberarla a cambio de sus inmensas riquezas y de

un artefacto prohibido: la «*Caja del Tiempo*». Durante años vivió en armonía con la diosa tortuga, pero al regresar a su mundo descubrió que el tiempo no había sido piadoso. Todo lo que amaba se había desvanecido.

Desesperado, Rajiv, desoyendo las palabras de la diosa, abrió la Caja, desatando su propio final. Su cuerpo envejeció en un instante, consumido por los siglos que había eludido. Yharty, testigo de su trágico destino, lloró amargamente, y tres de sus furtivas lágrimas cayeron por el dorso desnudo de sus ideales y, al tocar la blanca arena de la playa, se transformaron en las tres gemas sagradas: pasado, presente y futuro, que al instante se fusionaron en una sola.

Una profecía hablaba de un alma noble que un día liberará a Yharty y restaurará el equilibrio del mundo. Desde entonces, una antigua hermandad ha velado en secreto por su cumplimiento.

Nacida en las tierras sagradas del hinduismo, su propósito no era otro que preservar el flujo del tiempo y guiar a aquel destinado a la salvación. La hermandad conoce bien este destino, pero su deber no es intervenir. Son meros guardianes del flujo del tiempo, piezas invisibles en un inmenso tablero de juego.

No son héroes ni jueces. No luchan. No gobiernan. No salvan. Son puente para que, cuando el tiempo esté alineado, el elegido pueda cruzarlo. Solo mueven ficha para que el destino siga su curso.

CAPÍTULO I

Gante, invierno de 1624 La Caja del Tiempo



...«Minutos, horas, segundos. Tiempo anhelado, tiempo malgastado. Tiempo compartido. Tiempo que pasa. ¡Tiempo, en fin, que ya nunca volverá!»...

Cuenta la leyenda que, tras siglos de calma, un crudo invierno se abatió sobre la ciudad flamenca de Gante. Aquel invierno trajo consigo algo oscuro y premonitorio, un presagio que helaba tanto el aire como las almas de quienes habitaban sus calles. Dicen que cada cien años nace una sombra en Gante; esta vez, era más densa que nunca, pues reclamaba un alma para encontrar la paz. Las ancianas murmuraban plegarias, y el silencio que envolvía la ciudad parecía el preludio de algo inevitable. Fue en ese gélido invierno de 1624 cuando un insigne alquimista y hábil artesano de la madera, llamado Samuel Hannemam —apodado simplemente el alquimista—, construyó un curioso artilugio al que llamó la «*Caja del Tiempo*». Su intención no era otra que lograr que el tiempo que se iba acumulando en ella no solo se detuviera, sino que también pudiera guardarse y, lo más asombroso, recuperarse para usarlo en otro momento más deseado.

Samuel, absorto en sus pensamientos y proyectos, permanecía día y noche en su taller de alquimia, una recogida estancia, escasamente ventilada, pero no menos acogedora. Grandes ventanales dejaban pasar los rayos de sol para iluminar su polvorienta y repleta mesa de trabajo, donde matraces, atadores y crisoles pugnaban por un espacio. Inmensas estanterías acogían tanto un sinfín de botes de cristal con el polvo

de los más increíbles minerales como montañas de gruesos y antiguos libros que requerían años de estudio y en los que se hablaba de dragones, reyes, sales y mercurios.

Su discípulo, el joven Germán, le aportaba el material necesario para sus experimentos. Ambos, codo a codo, investigaban sin descanso.

—¡Maestro! —preguntó Germán—. ¿Qué hago con este material que ha traído? Es casi negro, está como calcinado, como si fuese un tizón, y es tremendamente duro y compacto. Parece azabache o, más bien, obsidiana. ¿Qué material es?

—Es madera de Zhôan —contestó Samuel—. Un material escaso y caro, extremadamente duro y noble, altamente valorado por nosotros, los alquimistas. Muy valioso y difícil de encontrar en nuestra tierra.

—¿De dónde la ha sacado, maestro?

—Hace unos días se acercó al taller un rico y extraño mercader de Amberes llamado Jacobo de Maynre; creo que te he hablado alguna vez de él. No es ni héroe ni mercader, sino el hombre que hace que las cosas crucen fronteras sin levantar la voz. Lleva casi siempre, que yo lo haya visto, un gabán oscuro. Manos de viajero y de escribiente, y miraba como quien mide distancias. Prudente, metódico, leal, prefiere la ruta larga y segura al atajo brillante. Habla poco y escuchaba mucho. Antes de cada tránsito, toca tres veces el objeto que presenta. Superstición mínima, supongo. Me dijo que tomó la ruta de agua dulce: canal hasta Ámsterdam, barcaza a Amberes, carro a Gante. Siempre con el cofre —donde trajo estos objetos— pegado al costado, como si llevara un reloj sin agujas.

Samuel, con mirada absorta, recordaba el momento.

—A su llegada, despejé un claro en la mesa de trabajo. Jacobo dejó el cofre allí mismo. «Pobre botín para tanto trayecto» —dije—, un tanto confuso; un astrolabio gastado, un cuenco de lapislázuli, dos pergaminos y, envuelto en seda, un gran krýstallos, dos piezas de madera de Zhôan y dos gemas en bruto.

—¿Vino por la ruta larga? —puntualizó Germán—. ¿Texel, canales, Amberes... y antes Batavia y, antes de Batavia, Syriam...?

—Sí, eso mismo, Germán. El comerciante me contó —apuntilló Samuel— que acababa de llegar de Myanmar. El barco en el que viajó Jacobo zarpó del puerto de Texel, en Holanda, hace más de tres años. Después de alcanzar Ceilán, la llamada lágrima de la India continuó hasta Rangún y, finalmente, al valle de Mogok, al pie del monte Hkalkabonaki.

—¡Vaya, qué gran viaje! —interrumpió Germán.

—Las cosas que importan siempre llegan por rutas largas —respondí, sin levantar la vista.

Jacobo tocó tres veces la tapa del cofre, gesto breve, supersticioso.

—¿Baraka? —ironicé.

—Costumbre —replicó Jacobo—. Y señal de llegada.

El taller se quedó en silencio. Afuera repicaron campanas. Acerqué la lámpara al krýstallos: la luz pareció doblarse un instante, como si la piedra recordara cada puerto de su viaje.

—De aquí en adelante —dije—, el camino lo haré yo.

—Entonces el *Warmond* habrá servido —asintió Jacobo, ajustándose el gabán antes de retirarse.

La puerta se cerró. Sobre la mesa, el krýstallos devolvió una chispa. En algún sitio de la memoria del mar, una estela se deshacía despacio.

—¡Vaya...! —exclamó, atónito, Germán.

—Pero aún te diré más —dijo entre susurros Samuel—. Esta vez, Jacobo venía acompañado de un joven de tez morena que portaba un gran turbante de color azul turquesa. Según me dijo Jacobo, este joven desconocido tenía un gran interés en traerme a mí en persona varios de estos objetos, entre los que se encontraba esta extraña madera.

—¡Cáspita! —interrumpió Germán.

—Me llamó la atención —añadió Samuel— un gran anillo que llevaba el joven del turbante en el dedo meñique de su mano izquierda y que no paraba de girar de forma compulsiva. Era una especie de sello tallado en una gran turquesa que hacía juego con su turbante y en donde creí ver la figura de una extraña tortuga con alas. Era extraño: un aro de oro blanco que engastaba con gran precisión a la tortuga alada tallada en la turquesa, o eso creo que vi.

—¿Una tortuga con alas? —exclamó el muchacho.

—Sí, parece extraño, ¡pero sí, efectivamente, era una tortuga con alas! Pues bien, como te iba diciendo, ese comerciante me trajo este exótico material, negro como el tizón, duro como el más duro de los metales, liso y frío como el cristal, pero verdaderamente hermoso. ¿No te parece? Jacobo, además de la madera de Zhôan, traía estas dos preciosas gemas en bruto, pequeñas y bastas, que procedían del valle de Mogok, aunque, según me dijo, las adquirió en el noreste de Myanmar. Si me lo permites, te contaré todo lo que me relató Jacobo.

Samuel, acariciándose con su mano derecha la barbilla, con el semblante pensativo y sujetando con su otra mano las gemas que el comerciante le había traído, recordaba con detalle la conversación mantenida días atrás con él en el taller.

Texel, otoño de 1621.

—La rada respiraba bruma y brea —dijo Jacobo—. En la fila de cascos alquitranados destacaba el *Warmond*, un *retourschip* de la East Indiaman Company de la VOC, gran mercante armado de mucha bodega, franja ocre y espejo de popa labrado como un retablo portátil. Tres palos con Gárgolas, gavias y juanetes prometían empujar al gigante hasta el fin del Índico. Treinta y tantos cañones miraban al muelle como ojos de bronce; a bordo seríamos dos centenares de navegantes cuando el despacho se firmara.

En la Cámara de Ámsterdam, el *boekhouder* estampó el sello VOC A en lacre:

—Pasajero con muestras de comercio —dictó el escribano—. Entrega en Batavia. Transbordo a cabotaje si procede. Masulipatnam y, si el monzón ayuda, Syriam.

—Procede —dijo Jacobo.

El escribano alzó la vista.

—Myanmar... —Saboreó el nombre—. Entonces el *Warmond* hasta Batavia; allí, un *jacht* de cabotaje rápido de la misma Compañía hacia su destino.

El sobrecargo, tablilla en mano, repasó:

—Texel..., Atlántico con posible recalada en Cabo Verde..., Cabo de Buena Esperanza para aguada... —pensó en voz alta—. Batavia, Java, en unos... seis o siete meses. Allí le colocarán en un *jacht*; por lo que Batavia, Coromandel (Masulipatnam), podía llevar..., unos ocho a diez meses desde la salida de Texel, si enlazaran bien los monzones. Pero si el capitán o la suerte fallan y se pierde la ventana de vientos, el viaje se prolongará más de un largo año por las esperas. Myanmar (Syriam/Pegu)..., unas seis a diez semanas más en *jacht* de cabotaje, según ventanas monzónicas. En total, de doce a catorce meses, si hay que esperar monzón. Con el cambio de monzón debería estar de vuelta en Java a tiempo de enganchar el regreso.

—No necesito rapidez —dijo Jacobo—. Necesito llegada.

—La VOC vende justamente eso —sonrió este—: llegadas.

En la posada de la rada, en la pared, el mapa de los Estados Generales repetía la autopista de todos: Texel, Cabo Verde, Batavia. La Compañía que firmaba tratados, acuñaba moneda y hacía la guerra había convertido la travesía en rutina peligrosa. Jacobo siguió con el dedo la línea punteada hasta Java y, con la uña, Coromandel y Pegu. El mar se llenó de nombres como cuentas de *tasbih*.

El día de la partida, el maestre del *Warmond* los reunió al pie de la escala real. Enumeró raciones —galleta, bacalao, cerveza—, turnos, castigos y pagarés. Habló de tormentas «que prueban las costillas del casco», de fiebre «que prueba las costillas del hombre» y del código de la Compañía: obediencia y libros al día.

—Aquí no se trafica con milagros —señaló la cubierta—. Se trafica con tiempo y mercancías.

Jacobo dio su nombre y entregó el papel de la Cámara. El maestre lo sostuvo a contraluz.

—Bien. Camastro en el entrepuente. Si el monzón no se empeña, llegará vivo a Batavia. De allí, *jacht* a Masulipatnam y, si las estaciones siguen afinadas, Syriam. A la vuelta, lo mismo en orden inverso. No hay regreso directo desde Myanmar: la Compañía no rompe su ruta.

—No pretendo que la rompa —dijo Jacobo—. Solo que me permita andar por ella.

—Para eso está —cerró el maestro.

El día del despacho, las campanas de la rada sonaron a inventario. Por la amura del *Warmond* desfilaron inspectores con sus listas; a lo lejos, otras naos de la Compañía hinchaban telas como pulmones viejos. En la popa flameó la bandera; el capellán dijo palabras breves. El *schipper* cortó el aire con el brazo:

—¡Fondeo arriba!

Las gateras gimieron; el ancla emergió del agua negra, chorreando limo. Y el barco, obediente a su ruta, comenzó a navegar.

Tras varios meses de navegación y un largo periplo en tierra, continuó Jacobo su relato:

—Me encontraba en Mong Hsu, al noroeste de Myanmar —reseñó—, una zona muy calurosa y azotada por los monzones. Unos pobres campesinos, dedicados al cultivo del arroz y a una rara planta que llamaban adormidera, habían encontrado en el valle de las gemas unos extraños minerales. Debido a su extrema pobreza, se veían obligados a desprenderse de ellos por unas escasas monedas. Creían que el cristal rojo albergaba fuego en su interior. Lo usaban como talismán contra la mala suerte y para diversas enfermedades, convencidos de que otorgaba amor, pasión y larga vida a su poseedor.

—¿Y la madera de Zhôan? —preguntó Germán con curiosidad.

—La adquirió Jacobo ya de regreso, en Rangún. Un maderero conocido suyo, dueño de un almacén de exóticas y nobles maderas, se la vendió. Me pareció curioso —comentó Samuel, mirando la pieza con detenimiento—. La madera de Zhôan es tan inusual que su origen casi siempre está envuelto en misterio. Es como si se resistiera a ser rastreada.

Germán tocó la madera con cierto asombro, sintiendo su densidad y dureza.

—Este maderero —le comentó Samuel a Germán, haciendo un inciso— no llegó nunca a saber, según me dijo el comerciante, de dónde había obtenido esta extraña madera ni quién se la aportó.

—¿Y qué va a hacer con ella?

—Todavía no lo he decidido. Pero quizá sirva para tallar algo único, una caja digna de su rareza —respondió Samuel—. Pero primero debo estudiar su composición. Tal vez guarde secretos que aún no entendemos.

—¿Una caja..., maestro?

—Bueno, sigo con el relato de Jacobo —dijo Samuel, retomando la conversación—.

Me contó:

—Una calurosa tarde, mientras paseaba por las estrechas callejuelas de Rangún —relató—, llegué al inmenso zoco. Allí podía encontrarse casi de todo, desde cuero tratado, hortalizas y cerámica hasta alfombras y miles de objetos extraños y antiguos. Sin embargo, algo me inquietaba. Llevaba días sintiéndome observado, vigilado incluso. No podía ver a nadie ni sentía miedo por mi vida, pero aquella sensación era persistente, como si unos ojos invisibles me siguieran. Paré en un puesto de antigüedades, más por curiosidad que por interés real. Un joven vendedor, un muchacho delgado y vivaz, que me venía observando, insistió en que lo acompañara. Según él, su padraastro tenía algo que mostrarme al otro lado del bazar. No sé qué me llevó a seguirlo, quizá su insistencia o mi propia curiosidad. Caminamos a gran velocidad, serpenteando entre callejones abarrotados de tenderetes, cual más extraño, hasta llegar a un pequeño puesto en el corazón del mercadillo. El lugar era humilde y desordenado. Piezas antiguas, piedras y objetos extraños se amontonaban en los estantes y en el suelo, formando una especie de caos fascinante. El joven, que se llamaba Bo, me presentó a su padraastro, Rahú, un anciano de figura delgada, con un porte altivo y digno, y una mirada que irradiaba sabiduría. Llevaba un turbante

azul que cubría su calva cabeza y un anillo de oro blanco con una turquesa del mismo tono en el dedo meñique de su mano izquierda, un detalle que no me pasó desapercibido.

»Me saludó con una bendición; sus manos temblorosas apenas rozaron mi frente, pero en ese gesto hubo algo inconcebible, ceremonial, casi místico. Luego me ofreció una piedra extraña, redondeada, compacta y sedosa al tacto. Era un auténtico krýstallos, transparente y puro, como si se tratara de hielo petrificado.

»Al sostenerla entre mis manos, sentí un escalofrío, como una corriente, un cosquilleo que me recorría, quizá por la energía que parecía emanar de su interior.

Samuel recordaba las palabras de su amigo, rascándose la cabeza y mirando a su ayudante.

—En ese momento —continuó contando Samuel—, Jacobo recordó una vieja leyenda que había escuchado ya en uno de sus viajes a esta misma región de este extraño país:

»—Se decía que este tipo de piedra podría ser el famoso chintámani, la roca de la profecía. Según los relatos, cayó del cielo, arrancada de la cabeza de un dragón; está asociada a la iluminación espiritual y al conocimiento profundo. Se cree también que posee el poder de atraer prosperidad y sanar cualquier enfermedad. Bo la había encontrado no hacía mucho, pero no me quiso decir dónde. Rahú me contó también que la roca de la profecía, encontrada por el muchacho, era originalmente mucho más grande. Al caérsele por la ladera de una montaña, se fragmentó en tres grandes pedazos, lo que permitió al joven cargar uno de ellos, a pesar de su gran peso y tamaño. Días después, el muchacho le llevó el fragmento al anciano, quien, según parece, reconoció de inmediato de qué roca se trataba.

»Creo sinceramente, Germán —incidió Samuel, pensativo, entre susurros y acariciándose el labio superior—, que ni el anciano, ni Bo, ni el mismísimo Jacobo sabían en realidad de qué mineral se trataba ni de qué profecía hablaban. Me aseguró el comerciante que Rahú le había dicho que la piedra tenía una dimensión simbólica y espiritual

más allá de su existencia física: un símbolo de la búsqueda interior para expulsar a los demonios, curar la mayoría de las enfermedades, absorber y liberar la energía dormida y que, con ese mineral, no solo se podría contemplar el pasado y el futuro, sino también algo que no llegué a comprender: ¡pasar a otro plano, a otra dimensión!

—¿Una gema que conoce los deseos de la gente? —preguntó el ayudante.

—Sí, eso mismo me dijo Jacobo: bien pulida y tallándola en la forma de esfera —como había dicho—, la roca poseería la facultad, pero no siempre, de poder contemplar a través de ella el pasado y el futuro. El anciano le entregó su anillo al joven Bo y me dijo, mirándome fijamente con la franqueza que emanaba de ellos, que los ojos que todo lo ven le habían hablado de un sabio alquimista en tierras muy lejanas y que solo él sabría cómo y dónde utilizar esos nobles materiales. Rahú me entregaba el gran krýstalos para llevárselo a ese sabio extranjero, con la indicación expresa de que sería el mismo Bo, en persona, quien se los entregaría.

»Y Jacobo pensó en mí —apuntilló Samuel—, ya que habíamos compartido gran cantidad de experiencias y objetos de otros viajes. A su llegada, el joven del turbante me entregó también este curioso anillo que movía compulsivamente.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendido, Germán—. ¿Y cómo sabían el anciano, Bo y Jacobo a quién tenía que llevarle todo esto?

—No lo sé, Germán, pero aquí los traje. Una casualidad, supongo. Yo creí ciegamente al comerciante, pues ya había realizado en otras ocasiones prósperos negocios con él. Siempre me trae algo especial de sus viajes. Germán, estoy convencido de que esa roca era un auténtico palantir y que el anillo pertenecería a alguna secreta organización, tan secreta que todavía no sé de cuál podría tratarse.

—Maestro —interrumpió Germán, con cara de bobo—, ¿qué es un palantir?

—¡Un palantir! —carraspeó, dubitativo, Samuel—. Le llaman «la piedra que mira a lo lejos» o la piedra vidente. Siempre se creyó que

solo existía en las leyendas, pero recuerdo haber visto una muy parecida hace años, en Amberes. Es una roca extremadamente dura, similar a la obsidiana. Normalmente es negra, aunque la que Jacobo me trajo era transparente; una variante, supongo. Escucha, Germán: según le explicó Rahú a Jacobo, esta piedra, al darle forma de esfera y pulirla adecuadamente, permite al poseedor, si su voluntad es lo suficientemente fuerte, dirigir su visión hacia lo que desee. También posibilita la comunicación con otros que posean una roca similar. Además, quien la utiliza puede contemplar en su interior escenas de lugares o tiempos distantes. —Tras permanecer pensativo unos instantes, prosiguió Samuel—. No me lo pensé dos veces y decidí comprarle a Jacobo todo lo que me ofreció, a pesar del alto precio que pedía por ello.

»Tenía la certeza de que una de estas piedras rojizas más pequeñas era un kurovinda o Ratnaraj, el rey de las gemas. Ya había oído hablar de ellas en una ocasión a otros alquimistas en Amberes. Ellos las llamaban «las gotas de sangre del corazón de la madre tierra» y creían que, a través de esas gemas, serían capaces de adivinar el futuro, pues su color se oscurecía cuando presagiaban alguna desdicha. Si te parece, Germán, continuó con el relato del comerciante:

»—El duro regreso a Texel —reseñó Jacobo— invertía los nombres con la misma obediencia: Syriam (Pegu/Yangón), Masulipatnam (Coromandel). Desde allí, en un *jacht* de cabotaje, el *Vlieland*, Batavia, con transbordo al *Warmond*; de allí a Cabo Verde, Atlántico y, por fin, a Texel. Un camino de especias y papeles donde cada sello decía lo mismo: llegada.

»La rada de Texel amaneció con gaviotas y lonas húmedas. El *Warmond* escoró apenas para saludar al viento del norte; el maestre gritó órdenes y el ancla mordió el fondo. Jacobo apretó contra el pecho un cofre, sellado con lacre azul índigo, mirando de reojo al joven Bo y dejándolo sobre el mostrador.

»—¿Todo entero? —preguntó el sobrecargo, señalando el cofre de mano.

»—Todo —dijo Jacobo—. Objetos y piedras me esperan en Gante.

»—Si le preguntan, diga que son muestras de comercio —aconsejó el sobrecargo.

»—Diré que son tiempo —sonrió Jacobo, sin humor, mirando a su compañero Bo.

»En cubierta, barricas con la marca VOC A pasaban de mano en mano: pimienta, canela, índigo, calicó y porcelanas envueltas en paja. El *jacht* que lo había traído de Syriam aún dejaba sal en los obenques del viaje de costa: Syriam, Masulipatnam, Batavia. Del mercante al boter de la rada y del boter al canal: así viajaban las historias.

»En su habitación en la rada de Texel, Jacobo abrió el cofre sobre la cama. Dentro, envuelto en seda, el krýstallos. La lámpara trazó en la piedra un hilo de luz que pareció doblarse, como si ya intuyera vientos contrarios.

»—Primero ustedes —dijo a los objetos—. Después nosotros.

»Cerró el cofre y tocó tres veces la tapa: un gesto diminuto que nadie le había enseñado y que, sin embargo, sabía.

»Unos días después, tomaron la ruta de agua dulce, como ya te he comentado, Germán.

Ávido de conocimiento, Samuel emprendió sus investigaciones. Consultó célebres tratados que atesoraba en su biblioteca, obras relacionadas con la astronomía, la geología y la astrología del padre Luca Van Erick. Creyó haber identificado aquel extraño material, convencido de que se trataba de un carbúnculo ruber o «ántrax ardiente», una gema asociada en el mundo alquímico a Marte y Plutón. Según las antiguas tradiciones, este material era considerado un poderoso protector contra la mala suerte.

De un rojo puro y sin imperfecciones, similar al color de la sangre de paloma, poseía un valor incalculable, probablemente superior al del diamante. Este fascinante mineral había cautivado a cortes reales durante siglos. Se decía que su intenso color rojo provenía de la sangre de jóvenes que sacrificaban su mísera vida extrayéndolo de las profundidades de la tierra en esa remota región de Asia.

—¡Maestro! —exclamó, impaciente, Germán—. ¿Qué vamos a fabricar con todo esto? ¿Acaso vamos a transformarnos en quiromantes para adivinar el futuro o comunicarnos con el espíritu de algún muerto?

—¡No, Germán! —exclamó Samuel, emocionado—. Quiero hacer un regalo a mi primogénito cuando nazca. ¡Construiremos, como ya te comenté, una caja! Llevo mucho tiempo pensando en ello y ahora, con estos exóticos y únicos materiales, por fin he encontrado la forma de hacerlo. Jacobo me contó una leyenda que escuchó del anciano Rahú cuando le entregó la gran gema. Hablaba de una diosa que, en realidad, era una diosa tortuga, o algo similar. Su caparazón representaba la bóveda celeste, su cuerpo simbolizaba la tierra y sus lágrimas dieron origen al gran krýstalos.

Esta tortuga poseía una caja capaz de contener el tiempo mismo y, junto a ella, este no pasaba. ¡Esa es la caja que quiero construir! No será como las demás cajas de la suerte. Esta será única: mi Caja del Tiempo.

—¿La Caja del Tiempo? —preguntó Germán, con asombro.

—¡Sí, la Caja del Tiempo Perdido! —exclamó Samuel—. Una caja mágica, para que mi hijo, cuando sea mayor, consiga todo lo que se proponga con el tiempo que haya guardado en ella. También yo podré almacenar el tiempo que ahora no puedo dedicarle a Verónica, mi amada y dulce esposa. Porque, Germán, es bien sabido que, si deseas algo de corazón, si lo piensas y anhelas con todas tus fuerzas, el universo entero se confabula para ayudarte a lograrlo. Nuestros pensamientos y deseos tienen el poder de moldear la realidad y las circunstancias. Y esta caja será, sin duda, el vínculo que permitirá que esos deseos se hagan realidad.

Es sabido que existen, al menos, dos tipos de alquimistas, y Samuel pertenecía a ese grupo que comprendía verdaderamente el arte de la alquimia. Para él, la alquimia era la ciencia de la intuición y el corazón, no de la razón. A diferencia de los ingenuos e ignorantes que perseguían únicamente la transmutación del metal en oro, las aspiraciones de Samuel iban mucho más allá: buscaba transformar el deseo en tiempo, un tiempo recuperable que le permitiera realizar esos deseos.

Samuel y Germán trabajaban en el laboratorio con rigor, precisión y disciplina. La talla de la madera de Zhôan resultaba extremadamente complicada. Samuel confió a Germán la delicada tarea de esculpir y pulir esa resistente pieza de ese extraño y fascinante material. El taller olía a madera caliente y vinagre. Las virtutas de Zhôan se pegaban a los zuecos como escamas. Germán sostenía la caja entre las manos, dándole vueltas con la ansiedad contenida de quien sostiene un ser vivo.

—¡Maestro! —dijo por fin el joven, ilusionado y con orgullo, al cabo de varios días de duro trabajo—. ¡Ya he terminado la talla de la caja que me encargó! ¿Qué opina, maestro?

—¡Humm!, ¡humm! —murmuró Samuel, con tono severo y el ceño fruncido, tras inspeccionar la caja con detenimiento—. ¿De verdad crees que has hecho un buen trabajo? ¿Que has cumplido a la perfección con lo que te encargué? ¿Crees que has creado una joya sin imperfecciones...? ¡Por Dios, no seas tan necio! ¿Qué has hecho, insensato...? ¿Pensabas que bastaría con construir una caja sin alma, sin sentimiento, sin la divina proporción?

»Una caja así puede fabricarla cualquiera. Cualquiera persona podría construirla y venderla, pero solo serviría para guardar joyas o recuerdos. ¡Jamás poseerá el alma necesaria para albergar el tiempo, ni será nunca la auténtica Caja del Tiempo Perdido! Una obra creada sin sentimiento, sin pasión y divina proporción jamás será una verdadera obra de arte y, por lo tanto, nunca llevará mi nombre.

—¡Pe... pero, maestro! —interrumpió, dubitativo, agachando la cabeza con humildad.

—¡Calla, insensato! —exclamó Samuel, ya más calmado—. La culpa es mía por no haberte instruido lo suficiente y pensar que eras más sabio de lo que realmente eres. Afortunadamente, aún nos queda otra pieza de Zhôan por cortar. ¡Te daré otra oportunidad! Deberás rehacer todo el trabajo desde el principio y, por favor, utiliza los conocimientos que te he transmitido.

»Recuerda esto: un hombre sabio observa las cosas pequeñas sin despreciarlas, y lo grande sin sentirse intimidado, porque entiende

que el conocimiento no tiene límites. El conocimiento es un proceso en constante expansión y la verdadera sabiduría radica en aceptar que siempre hay algo nuevo por aprender. No importa si lo que observamos parece pequeño o inmenso; debemos mantener una mente abierta.

Todo lo que existe está hecho de signos, rigor y disciplina —decía Samuel—, y gracias a ello un hombre sabio puede comprender una cosa a partir de otra. ¡Aplica la divina proporción! La proporción áurea que Luca Pacioli describió. Te la enseñaré de nuevo: cuando la uses correctamente, el resultado será extraordinario.

Samuel dibujó un cuadrado para encajar el palantir. Sobre un grueso pergamino y ayudándose de una cuerda, trazó varios círculos, calculando con precisión sus radios. A partir de las caras de cada cuadrado y siguiendo una sucesión numérica compleja, formó un rectángulo perfectamente proporcionado.

—¡Observa! —exclamó, llamando la atención de su aprendiz—. Cada rectángulo nace de la suma de los cuadrados anteriores. El área resulta del producto del último cuadrado más el siguiente en la sucesión. Cada número se obtiene sumando los dos previos. Si permaneces a mi lado como aprendiz... o arcano, como prefieras llamarte, quizá con el tiempo llegues a ser un genio.

Sonrió con vanidad.

—¡Un artista como yo!

Germán apretó los labios. Volvió al banco de trabajo. Replanteó aristas, rebajó ángulos, dejó que la madera dictara su curvatura. Cada plano parecía buscar otro, como si la caja quisiera recordarse a sí misma. Tras rehacer el trabajo, siguiendo al pie de la letra los consejos de Samuel, consiguió finalmente un rectángulo que ahora sí cumplía con la proporción requerida: la proporción áurea.

—Ahora —dijo Samuel al fin, mirándola al trasluz—. Ahora sí que tiene lugar para guardar el tiempo.

A veces, mientras tallaba un símbolo o ajustaba una pieza mínima, un temblor le recorría la mano. No era cansancio. Era miedo. No a

fracasar, sino a descubrir hasta dónde era capaz de llegar. Samuel sentía culpa, aunque no sabía bien por qué. ¿Por olvidar el mundo exterior? ¿Por sacrificar horas, días y años en un proyecto que nadie comprendería? ¿O por sospechar, cada vez con mayor claridad, que estaba creando algo demasiado grande para cualquier hombre?

Hubo momentos en los que pensó en detenerse. Cerrar el taller, apagar el fuego de alumbre, volver a la vida ordinaria. Pero cada vez que estaba a punto de hacerlo, la caja, o lo que sería la caja, le susurraba desde algún rincón invisible. No con palabras, sino con una invitación irresistible, un tirón suave pero constante, como el de una fuerza gravitatoria que actuara solo sobre él. Sentía su vida girar en torno a ese objeto aún no nacido. Y, aun así, no era capaz de reaccionar. No podía romper el hechizo, ni poner distancia, ni detener el cauce de su propia creación.

En ocasiones, mientras pulía el cuarzo o ajustaba el aro de platino, se veía desde fuera, como si otra versión de sí mismo lo observara actuar con devoción ciega. Esa imagen lo perturbaba: un hombre consumido por su obra, reducido a una extensión de la máquina que construía. Y, aun así, no podía dejar de avanzar.

Aquella caja, aquella esfera, aquel núcleo extraño... Todo ello se iba convirtiendo en su carga y su salvación, en su condena y su propósito. En su destino. Samuel lo comprendió una noche de absoluta quietud: la caja no solo era un artefacto. Era un espejo. Un eco. Una respuesta a una pregunta que él ni siquiera recordaba haber formulado. Y mientras continuaba trabajando, con los ojos enrojecidos y las manos febriles, una verdad silenciosa se imponía sobre todas las demás: no era él quien construía la caja; era la caja quien lo estaba construyendo a él. ¿O acaso era la sombra la que le susurraba para que siguiera?

Al mismo tiempo, en la mansión de Samuel.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, en la mansión de Samuel, Verónica miraba a través de la ventana. La luna llena iluminaba la fría

noche de invierno y, mientras acariciaba su abultado vientre, canturreaba una dulce canción de cuna:

—... ¡Luna llena, plena! ¡Noche clara, eterna! ¡Dulce luna en la noche eterna!...

Con ocho meses de embarazo, pensaba que el influjo y la belleza de la luna llena otorgarían una larga vida a su hijo. Apretaba con fuerza en su mano derecha un amuleto de ámbar, cuarzo y ónice, engastado en platino, el mismo que Samuel le regaló el día en que sellaron su amor eterno. Besándolo con devoción, repetía este ritual cada noche, convencida de que así podría alejar los malos presagios. Pero esa noche la luna no alumbraba; únicamente avisaba.

Susurraba en la ventana, contemplando esa fría y clara noche:

—Llevo en mi cuello, Samuel, este amuleto que ya no brilla como antes —se decía a sí misma—. Dicen las ancianas que cada cien inviernos nace una sombra en Gante y reclama un nombre. No sé de números, pero sé de silencios: el de las calles cuando cierran antes, el de los niños cuando escuchan campanas, el de tu taller cuando pronuncias «tiempo» como si fuera una puerta y no una herida.

Sin embargo, un pensamiento oscuro y persistente invadía su mente: estaba segura de que el parto sería duro y peligroso. Samuel, ajeno a su angustia, no compartía su inquietud, y ella se sentía sola, incomprendida y asustada.

Una tarde de aquel cruel y gélido invierno, incapaz de soportar más la ansiedad, nerviosa y decidida a buscar respuestas, decidió presentarse en el taller.

Taller de Samuel

—¡Verónica! —exclamó Samuel al verla—. ¿Qué haces aquí, por Dios? ¿Por qué vienes en esta tarde tan fría y en tu estado? ¿No te he dicho que no salgas de casa hasta que nazca el niño?

—Estaba preocupada —musitó—. Tenía muchas ganas de verte. Tengo miedo. El amuleto que me regalaste ha cambiado de color; la gema se ha oscurecido. Ahora es opaca, como si presagiara una desdicha.

—¡Verónica! ¡Por el todopoderoso...! Eso son tonterías, supersticiones sin fundamento —dijo Samuel, tratando de calmarla—. Yo también deseo verte a cada momento, pero debes tranquilizarte, por favor. ¡Qué premonición es esa tan absurda! Es cierto que el parto puede ser doloroso y complicado, como lo son la mayoría, pero ¿acaso no hemos contratado los servicios de las mejores parteras, astrólogos y médicos? Ya verás, cariño, todo saldrá bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Samuel? Guarda las herramientas. Ven, siéntate. Déjame contarte cómo late el corazón de nuestro hijo cuando me quedo quieta y la luna se inclina por la ventana. ¿Lo sientes? Eso es tiempo verdadero: un compás sin engranajes.

—¡Lo sé! —afirmó con firmeza—. ¡Sé que todo irá bien! Verónica, te quiero, y eso me da fuerzas.

—¡Yo también te quiero! —respondió, mirándolo fijamente a los ojos, buscando en ellos la certeza que le faltaba.

—Ven, mira lo que estoy preparando —dijo Samuel, con un leve gesto de entusiasmo.

—¿Qué es, cariño? —preguntó, intentando esbozar una sonrisa.

—Es mi caja, sí, la Caja del Tiempo. No es como las otras cajitas de la suerte que fabricamos. Todavía no está terminada; el mecanismo aún no funciona, pero es perfecta. Esta vez Germán ha hecho un trabajo extraordinario tallando la madera de Zhôn. Las demás cajas no tienen valor real; carecen de sentimiento y se fabrican solo para venderlas a amas de casa, a buhoneros o a clérigos, que las usan para guardar abalorios o rituales sacros. Pero esta... esta es diferente. Es mi obra de arte, mi obra maestra, y será para nuestro hijo. Le protegerá, le hará feliz, será su refugio y traerá belleza al mundo. En ella podrá guardar todo el tiempo que necesite. ¡Quería darte una sorpresa!

—Pero, Samuel, el tiempo no se guarda: se guarda a quien se ama. Tú miras la caja y ves precisión; yo la miro y escucho respirar algo que no quiero en casa. El tiempo, amor mío, no es un objeto: es lo que nos sostiene cuando no nos miramos. No lo domestiques. Si lo obedeces,

te pedirá un precio que no sabremos pagar. Además, la caja es demasiado grande para un niño recién nacido.

—¡Ya crecerá...! —respondió, orgulloso, con una sonrisa—. ¡Ya crecerá...!

—Nuestro hijo nacerá bajo el influjo de la luna llena. Todos los días le canto una nana a la luz de la luna, para que le proteja, mientras acaricio mi vientre.

—Ya lo sé, querida, ya lo sé —dijo Samuel, con un tono condescendiente—. Verónica, cariño, regresa a casa. Es tarde y esta noche hará mucho frío. No te preocupes más. El bueno de Germán te acompañará. Todo irá bien, cariño, ya lo verás.

—Si algo nos llama desde la sombra —exclamó, preocupada, antes de salir—, cierra la puerta y deja que pase de largo. No te pido milagros, Samuel; solo te pido medida. Si mañana te llaman campanas extrañas, no corras. Si la ciudad murmura, cierra la puerta. Y si la caja te pide sangre, apaga la lámpara y piensa en mi voz diciendo despacio: «*No guardes minutos; guárdame a mí*». Si me pierdes, que no sea por querer vencer a la noche, sino por haberme amado con medida.

Verónica le dedicó una última mirada antes de marcharse, mientras Germán la seguía con paso firme, dejando a Samuel sumido nuevamente en sus pensamientos, centrados en la construcción de la caja que tanto anhelaba y no en las palabras de su amada.

Samuel prosiguió con la creación de su artefacto. Vació el interior de la caja tallada por Germán hasta crear un espacio exacto para el núcleo que planeaba elaborar con la gran gema que Jacobo, el comerciante, le había llevado: el krýstallos, el cuarzo, como lo llamaban en la Baja Sajonia. Con extremo cuidado, comenzó a pulirlo hasta obtener una esfera transparente, la forma perfecta para un palantir.

En la tapa, el maestro grabó a pulso la figura del uróboro: un dragón mordiéndose la cola, repetido dos veces, como si el símbolo necesitara un reflejo. Después abrió un hueco circular en el centro. Con precisión y paciencia, trazó en la madera de Zhôn anagramas, símbolos, triángulos e inscripciones.

La tarea era ardua por la dureza del material, pero Samuel se entregó por completo. La idea lo obsesionaba. Cada sonido del taller parecía responderle. El crisol vibraba como si conociera su nombre; los metales chisporroteaban con una intención casi humana; la esfera, incluso inerte, parecía observarlo desde su transparencia perfecta. Y él no podía apartarse. Era como si la caja, aún incompleta, lo hubiera elegido.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntaba—. Esa pregunta me ronda cada noche, pero nunca alcanza a pronunciarse del todo. La sofoco antes de que tome forma, igual que se ahoga una chispa para evitar un incendio... aunque quizá este incendio ya empezó en mí hace tiempo. La caja... esta maldita y maravillosa caja... Cada día pesa más, aunque aún no exista del todo. La siento en mis manos antes de tocarla, en mis pensamientos antes de imaginarla, en mis sueños antes de soñarla, como si su presencia precediera a su creación.

A veces tengo la impresión de que no soy el artesano, sino la herramienta. ¿Y si la caja me usa a mí para nacer? ¿Y si soy solo el canal por el que algo más antiguo intenta volver al mundo? Me digo que soy un hombre de ciencia, un alquimista guiado por la razón. Pero la razón se disuelve aquí, entre estos símbolos, estos metales, esta luz que no pertenece a ninguna lámpara... Hay momentos en los que siento que estoy a un paso de perderme. Un pensamiento pequeño, casi insignificante, pero persistente: «Detente, Samuel... antes de que sea tarde».

¿Tarde para qué? ¿Para mí? ¿Para el mundo? ¿Para aquello que estoy despertando? Y, sin embargo, continúo. Como si mis manos supieran lo que mi mente niega. Como si cada golpe de cincel, cada trazo, cada combinación numérica ya estuviera escrita en algún lugar... en algún tiempo.

Siento miedo. Lo admito por fin: miedo. No a fracasar, sino a descubrir que este artefacto tiene un propósito que no controlo, que no entiendo, que me supera. Pero lo que más me aterra..., más que la caja, más que el silencio del taller, más que la sombra de mis propios pensamientos..., es que, aun sabiendo todo esto, soy incapaz de detener-

me. La caja me llama. Me ordena. Me consume. Y yo..., yo respondo. Porque, en el fondo, aunque me duela reconocerlo..., la necesito tanto como ella me necesita a mí.

Durante días, tras su meditación, trabajó cada pictograma. Uno de ellos mostraba un círculo formado por una serpiente que devoraba a dos uróboros en forma de dragones entrelazados. En su interior talló secuencias numéricas inspiradas en el *Liber Abaci* del maestro Fibonacci.

Al mismo tiempo, Samuel preparó el crisol e introdujo en él el carbúnculo rojo más grande junto con una dracma de cromo, reservando la gema menor para otro proceso alquímico que ya tenía previsto. Cada paso estaba cuidadosamente planificado y el artefacto comenzaba a tomar forma bajo su atenta mirada.

—El fuego purifica los metales —dijo, con semblante grave, a su ayudante—, y quien lo observa también se purifica a sí mismo. Debemos preparar cada parte por separado: el mercurio, espíritu de las cosas; el azufre, alma eterna; y la sal, cuerpo mortal. El mercurio y el azufre se separarán por destilación, mientras que la sal la purificaremos mediante fusión en el fuego de alumbre. Así, cada elemento quedará limpio por sí mismo.

Samuel había dedicado gran parte de su vida a la purificación de metales. Creía que, si un metal permanecía el tiempo suficiente en el fuego de alumbre, solo quedaría su esencia inmortal, la cosa única. Para él, ese principio imperecedero era clave para comprender el mundo, pues todas las cosas, decía, no eran más que manifestaciones de una misma fuente universal e indivisible.

La llamaban la gran obra, y se componía de dos partes esenciales: el elixir de la larga vida, capaz de curar todas las enfermedades y conceder el don de la vida eterna, y la piedra filosofal, la parte sólida, que podía transmutar el metal en oro y el deseo en tiempo recuperable.

A alta temperatura, superior a los mil setecientos grados requeridos para el proceso, y tras varios días de meticulosa elaboración en el crisol, bajo una gran presión atmosférica, comprobó el resultado. Al enfriar-

se, el basto carbúnculo se había transformado en un precioso cristal rojo intenso, una gema transparente y pura. Su color, un bermellón vibrante, desprendía a la luz natural una fluorescencia que proyectaba un haz estrellado de un carmesí encendido. El cristal era cálido y sedoso al tacto, una auténtica y perfecta «sangre de paloma», un rubí en toda su perfección.

—La naturaleza del remedio —dijo, pensativo— es proporcional a la naturaleza de cada componente por separado.

—¡Maestro! —lo interrumpió Germán, dubitativo y con el ceño fruncido, visiblemente molesto—. No entiendo lo que quiere decir con eso de la naturaleza del remedio. ¡En realidad, no entiendo casi nada de lo que me dice! ¡Habla en un lenguaje incomprensible para mí! ¿Olvida que solo soy un aprendiz?

—Lo siento, muchacho, no te preocupes —explicó, indulgente—. Escucha, te lo explicaré de forma más sencilla y cercana para que lo entiendas. Cada material de un remedio permite obtener un producto distinto. Del reino mineral buscamos transmutar los metales en oro. Del reino animal y vegetal obtenemos las panaceas que todo lo curan. Del espíritu extraemos el tiempo que se puede recuperar. ¿Lo ves? Es muy simple: distintos materiales, misma operación, pero diferentes resultados. ¿No te parece increíble? Debes aprender a dominar el fuego, la metodología y el tiempo necesario para extraer lo esencial de cada materia. Y, lo más importante, tienes que ser capaz de transmutar tu propia alma antes de transmutar los metales, porque el alquimista es el crisol y el crisol, Germán, es el alquimista.

Horas más tarde, cuando el precioso rubí se hubo enfriado, Samuel lo manejó con extremo cuidado. Con gran habilidad, lo cortó en tres triángulos áureos que se entrelazaban, formando una magnífica estrella de doce puntas. La talló y pulió con precisión, dándole una ligera forma convexa al cabujón, suavizando las facetas para maximizar el efecto óptico. El resultado era una gema extraordinaria, mucho más brillante e intensa al reflejar la luz natural. Había creado una pieza única, de gran belleza y valor. La cubrió con un lienzo negro y la dejó reposar.

Poco tiempo después, sacó la gema del paño de terciopelo negro que la envolvía. El brillo no era rojo, sino un rumor profundo y callado. El cabujón fue engastado en un aro que fabricó fusionando, a más de mil grados, oro con una dracma de paladio y medio dracma de plata, bañándolo en un proceso final en rodio, moldeado en forma de un dragón enroscado. Para finalizar la pieza, añadió un pequeño broche en el que incrustó, en la parte lateral y con precisión, una esmeralda, rematando así una obra maestra.

Encajó un aro de metal pálido y dejó que el dragón abrazara la piedra, quedando firmemente integrado en la parte frontal de la caja de madera de Zhôan. Por debajo, el vástago de la gema buscó el núcleo de cuarzo en el vientre de la caja. El rubí, atravesando la madera como una fina aguja, conectaba con el núcleo en el interior del habitáculo. Al tocarlo, un zumbido finísimo recorrió la madera.

Germán contuvo el aliento.

—¿La oyes? —dijo Samuel—. No es música. Es orden.

De este modo, el contacto directo entre la punta del rubí y el núcleo permitía que ambos entraran en resonancia, vibrando con la energía acumulada en su interior. Samuel, satisfecho con su creación y el majestuoso rey de las gemas, el Ratnaraj, estaba convencido de que aquel artefacto otorgaría a su heredero una vida llena de paz y armonía.

Con la precisión de un relojero, Samuel añadió a la tapa de la caja un reloj plano e imposible para su época: sin horas comunes, pero de extraordinaria belleza. Lo encajó en un hueco tallado para ello y lo montó sobre un aro de oro blanco y platino fundidos, con la forma de un dragón enroscado que se mordía la cola, símbolo del ciclo eterno del tiempo. El diseño hacía imposible extraer el reloj.

Sobre los números uno, tres y ocho colocó tres pequeños rubíes sobrantes de la talla, cada uno con un delicado pulsador que coincidía con el punto donde el dragón mordía el aro.

El reloj quedó protegido por una estructura de pletina, bisel y carrura, y finalmente cubierto por un cristal liso obtenido mediante un proceso alquímico similar al usado con la primera gema. Samuel

fundió el carbúnculo menor con medio dracma de rutilo y otro medio de una aleación de titanio, hierro y cromo, obteniendo un cristal claro de tono violáceo: un kurovindas sappheros, la piedra de Saturno. Antes de solidificar, vertió la mezcla en un molde curvo para crear un cristal transparente, fino y ovalado, tan duro como un diamante. Ese zafiro delicadamente pulido coronaría la obra maestra y protegería el reloj.

Samuel también había modificado la maquinaria del extraordinario reloj heredado de su abuelo, antiguo relojero de la corte que trabajó con diseños de Leonardo Fush D'Anchii, el gran maestro suizo. Dedicó más de un mes a perfeccionar el mecanismo: redujo la corona al mínimo e incorporó tres pequeños pulsadores casi invisibles, dispuestos en triángulo en los polos opuestos del reloj —a la una, a las tres y a las ocho—, junto a los diminutos rubíes sobrantes.

Añadió, además, dos coronas adicionales, cada una con su propia manecilla, creando un sistema tan complejo como exquisito, digno de su obra maestra. El reloj no solo marcaría las horas, sino también los minutos recuperados del tiempo perdido. Estos se almacenarían en la cajita junto a una nota en pergamino donde el usuario escribiría el deseo o propósito al que dedicaría ese tiempo. La nota se introduciría por una ranura diseñada para tal fin. Con el paso de los días y los años, el mecanismo iría acumulando ese tiempo atesorado.

—Las manecillas del reloj giran impulsadas por el movimiento —relató Samuel, con orgullo—. Entre los círculos paralelos de la red del tiempo, que rodean la eternidad, no existe el vacío. El tiempo es una dimensión; su energía, en constante expansión, se libera y gira, creando nuestra percepción del pasado y del futuro. El tiempo fluye de manera continua, existe desde siempre, está aquí ahora y continuará existiendo hasta el fin de los tiempos, pues no tiene fin.

Samuel hizo una pausa, con los ojos brillantes, ligeramente enardecido, antes de continuar:

—Cada momento contribuye al tejido del tiempo, formando parte de una red interconectada, compleja y sin espacios vacíos —exclamó—.

El ser, el tiempo y el espacio son una sola entidad. La materia y la energía son una misma cosa. Y el espacio y el tiempo representan esa otra dimensión a la que pretendo llegar con este artefacto, mi querido Germán. Las puertas hacia la existencia del alma están abiertas en otra dimensión.

El joven ayudante observaba en silencio, con cara de bobo, fascinado, mientras su maestro continuaba con vehemencia.

—Sabemos lo que observamos, entendemos lo que hace el observador, pero no sabemos quién es realmente el observador. ¡Nosotros, los alquimistas, no pedimos al creador! Visualizamos lo que deseamos como si ya se hubiera materializado. Y es a través de esa visión que nuestras creaciones cobran vida.

La intensidad de sus palabras llenó el taller de una energía casi palpable, como si el tiempo mismo estuviera atento a su discurso. Germán sonrió, cansado y orgulloso.

—Maestro, ¿cuándo la mostremos...?

—No se muestra el fuego —lo cortó, con acritud—. Se guarda.

El joven asintió, sin creer del todo.

—¡Pero, maestro! —insistió, visiblemente contrariado—. ¿Por qué hacerlo todo tan complejo, con tantos criptogramas, símbolos, diagramas y signos tan difíciles de entender? Así nadie podrá comprender el significado de lo que hacemos...

—La complejidad es necesaria —respondió Samuel, con calma—. Hemos utilizado la imaginería textual para describir la perfección. Observa en la caja la cuadratura del círculo. Está formada por un círculo que representa el momento, la eternidad y el tiempo; un cuadrado que simboliza el infinito y el espacio, y un triángulo que encarna la existencia misma del ser. No hay nada más perfecto que esta simbología, créeme.

Samuel estaba convencido de que la simbología alquímica era intrincada porque debía ser así. Solo aquellos con la responsabilidad y el compromiso de comprenderla, con un corazón noble y persistente, podrían descifrarla. De este modo, solo ellos alcanzarían la gran obra.

En el interior de la caja, ocultos tras un ingenioso mecanismo creado por el célebre cerrajero belga Wolu  de Saint-Lambert, se encontraban cuatro sistemas de cierre, independientes, complejos y codificados. El primer cierre era el más simple: una pestaña casi invisible en un lateral liberaba una sección inicial destinada a guardar objetos comunes —joyas, monedas o pertenencias de poco valor—.

El segundo cierre, situado junto a la ranura para introducir pergaminos, era más elaborado. Samuel había instalado all  un pequeño mecanismo musical diseñado por él mismo. Al abrirse, reproducía una melodía en escala de do mayor (do, mi, fa, la), la misma que Verónica canturreaba cada noche. Esa música, emitida en su frecuencia exacta, hacía que la esfera alojada en el núcleo vibrara levemente, como si respondiera a la melodía.

Samuel sonrió para sí mismo, convencido de que cada detalle de la caja no era un adorno, sino una pieza vital de su obra maestra.

—Germán, la belleza de lo que creamos radica en su propósito —señaló el maestro—, en su armonía y en los misterios que encierra. Quien posea esta caja no solo guardar  objetos, sino también significado, vida y tiempo.  No lo ves? El misterio no es un obstáculo; es una invitación, un guiño, para quienes est n dispuestos a buscar más allá.

Para abrir este habitáculo era necesario presionar con un objeto fino tres pequeños orificios situados en la tapa, justo cuando comenzaba la melodía. Por la ranura diseñada para ello se introducirían los pergaminos con los deseos a recuperar, los cuales podían extraerse más tarde en caso de arrepentimiento o necesidad. El cierre actuaba como un compartimento estanco, protegiendo el interior de la humedad. All  Samuel había colocado el anillo que el joven Bo le entregó, grabado con una turquesa que representaba una tortuga alada, símbolo de profundo significado. El acceso a esta cajita exigía una compleja combinación basada en el enigma de Cornelius Pneip (1584), construido sobre la secuencia de Fibonacci. Para abrirla, era necesario activar, en orden preciso, los pulsadores uno, tres y ocho del reloj.

El cuarto cierre era el más sofisticado: un mecanismo magnético que, bajo condiciones específicas y en presencia de otra de las esferas, permitía a un alma noble acceder al núcleo del artefacto. Este núcleo, creado a partir de una extraña aleación descubierta por Samuel en sus experimentos hacia la piedra filosofal, no transmutaba metales en oro, pero sí lograba algo igualmente extraordinario: transformar los deseos en tiempo recuperado.

Samuel permanecía encerrado en su taller, obsesionado con sus estudios. Revisaba tratados de Komarius, Raimundo Lulio, Zódifo y, especialmente, una precisa traducción del Papiro de Leyden, donde se describía un método para transmutar el oro y alcanzar el elixir de la vida eterna. Siguiendo sus instrucciones, Germán preparó la mezcla y la colocó en un atañor sobre el fuego de alumbre durante el tiempo exacto. Tras tres días adicionales al fuego, obtuvieron un material dorado muy similar al oro.

Sin embargo, algo no encajaba. Cuando Samuel lo introdujo en su crisol y lo sometió a altas temperaturas y gran presión, la sustancia se transformó por completo: en lugar de oro, cristalizó en un material transparente y desconocido. El resultado era un compuesto piezoeléctrico único, extremadamente sensible a los cambios de temperatura y capaz de generar alto voltaje al calentarse o enfriarse bruscamente. Asombrado, Samuel comprendió que, aunque no había creado oro, había descubierto algo nuevo y extraordinario.

Al enfriarse la muestra, apareció un gel cristalino azulado e iridiscente, tan transparente como el cristal de roca y surcado por destellos de luz azul. Su capacidad para generar un arco voltaico lo convertía en el elemento perfecto para activar el artefacto al contactar con la gema roja y la esfera de cristal. Convencido de su valor, Samuel utilizó este enigmático material para construir la estructura interior de la caja, seguro de haber hallado la pieza esencial de su creación.

Pero Samuel, entre tantos descubrimientos, alquimias e investigaciones, había olvidado lo esencial de la vida: vivirla. Cada día pasaba

más horas en el taller, ajeno al mundo que seguía existiendo fuera de aquellas paredes.

—No puedo seguir así —se decía a sí mismo—. No puedo. Y, aun así... sigo. Cada día que pasa, la caja crece... y yo menguo. Me devora, pedazo a pedazo, como si necesitara alimentarse de mí para existir. ¿Por qué no puedo detener mis manos? ¿Por qué sigo grabando símbolos que no recuerdo haber aprendido? ¿Por qué conozco números que jamás estudié? ¿Qué me está pasando?

Quiero parar. Lo juro. Quiero parar, cerrar la puerta del taller, olvidarme de esta locura... pero cada vez que lo intento, una fuerza invisible me sujeta los huesos. Me ordena. Me obliga. La sombra vuelve a aparecer. En la esquina. En el reflejo del metal. En el borde de mi visión. Siempre ahí. Siempre acechando.

La sombra de Gante. Ese nombre prohibido que creí superstición... ahora lo siento respirar detrás de mí. Como si, al pronunciarlo, algo frío se deslizara por mi nuca. Como si me rodeara con dedos que no existen.

Dios... No sé dónde termina mi voluntad y dónde empieza la suya. No sé si la caja es mía o si yo soy suyo. Escucho voces. O una sola voz. No sé. A veces dice mi nombre. A veces me dicta fórmulas, medidas, proporciones que ni siquiera entiendo hasta que mis manos las ejecutan. A veces simplemente se ríe. Un sonido seco. Como metal quebrándose.

Siento que estoy perdiendo algo. No sé si es la cordura... o el alma. Me miro al espejo y ya no soy yo. Mis ojos... ¿Siempre tuvieron este brillo? ¿Siempre estuvieron tan hundidos? Parecen pertenecer a otro, a alguien que vive al borde de un abismo y que, aun sabiendo que caerá, no deja de avanzar.

¿Por qué sigo obedeciendo? ¿Por qué sigo aquí? ¿Por qué... por qué no puedo escapar? No duermo. No como. No pienso. O quizá pienso demasiado. Lo único real es la caja. La caja y esa sombra que se mueve detrás, guiando mis dedos, torciendo mis pensamientos, abriéndome caminos que no quiero recorrer.

¿Es este mi destino? ¿Nacer solo para vivir al servicio de una obra que no comprendo? ¿Ser un instrumento, un puente, un sacrificio? He intentado luchar. He intentado decir que no. Pero la caja siempre responde. Vibra. Brilla. Respira. Y entonces... yo cedo.

Dios... Creo que ya no soy Samuel. Creo que Samuel se perdió en algún punto, entre un símbolo y otro, entre una fórmula y un susurro. Creo que ahora solo quedo yo... la parte de mí que sirve a la caja. La parte que Gante reclama. Y lo peor..., lo peor es que empiezo a sentir que este dolor, esta obsesión, este vacío... me pertenece.

Entre tanto trabajo, tanta alquimia, tanta obsesión por su artefacto, se había olvidado incluso de sí mismo, de lo cotidiano y, sobre todo, de lo que más amaba y había deseado en su vida atormentada: Verónica, su joven y preciosa esposa, embarazada de su primer hijo.

Ella le esperaba paciente, día tras día, acariciando el amuleto antes de pensar en la sombra de Gante, buscando respuestas reflejadas en la luz del agua o del cristal y llevándose la mano al vientre cuando las campanas de la vieja abadía sonaban a lo lejos. Pero tal era la obsesión de Samuel por su trabajo que no se percató de que la gema rojiza de la caja había comenzado a oscurecerse, perdiendo su brillo habitual, como si presagara algún infortunio, tal y como Verónica había advertido.

Fue en un gélido atardecer de aquel cruel invierno cuando el doctor Fabius, preocupado, ordenó a su joven sirviente Thomas que fuese con urgencia al taller de Samuel, donde este permanecía recluido, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Las campanas de la vieja abadía de San Bavón resonaban junto a la imponente torre campanario de Gante. El pequeño Thomas corría con desesperación por las estrechas callejuelas y las empinadas escalinatas de la ciudad, sorteando el bullicio de la plaza de Sint Veerleplein. Las gentes, ajenas a la tragedia que se avecinaba, compraban, conversaban y reían mientras degustaban la cremosa y amarga cerveza tostada elaborada con esmero por los monjes de la abadía.

Thomas atravesó la nieve con rapidez, recorriendo la gran distancia que separaba el taller de Samuel, situado en las afueras, de la preciosa

casa-palacio en el centro de la ciudad. Allí, Verónica agonizaba mientras luchaba por traer al mundo a su retoño.

—Maestro —dijo Germán, entrando al taller—, hay un niño en la puerta preguntando por usted.

—¡Dile que se vaya! —gruñó Samuel, con seriedad—. ¡Debe querer dinero, como todos!

—No, maestro. Ha dicho que no se marchará hasta hablar con usted. Afirma que le envía el doctor Fabius y que es urgente.

Samuel frunció el ceño al escuchar aquello.

—En ese caso, hazlo pasar de inmediato.

Thomas entró apresuradamente, jadeante, con la cara enrojecida por el frío y la carrera.

—¡Señor! ¡Señor! —jadeó, llevándose la mano al costado; entrecortado, con voz temblorosa y sin aliento, exclamó—. El doctor Fabius me envía... ¡Su esposa! Todo va mal, muy mal. Está dando a luz, pero el niño viene de nalgas. Todo está saliendo mal, señor... ¡Muy mal!

Samuel palideció al escuchar las palabras del niño.

—Tranquilízate, por Dios —dijo, mientras su rostro reflejaba una creciente preocupación—. ¡Saldremos de inmediato!

Se giró hacia Germán.

—Cierra y recoge el taller. Debo regresar a casa con urgencia.

Samuel ni siquiera cogió el abrigo. El candil quedó oscilando detrás de la puerta. Ambos recorrieron a toda prisa el camino de regreso a casa por las empinadas calles de Gante, mientras las campanas de la vieja abadía resonaban con un melancólico tañido a difunto. Sin detenerse un instante, atravesaron el Portus Ganda y llegaron a la casa-palacio de Samuel.

Residencia de Samuel.

Subieron las escalinatas de acceso a la segunda planta de dos en dos, solo para encontrar una escena desgarradora. Había gente en silencio. Dos doncellas lloraban con los delantales apretados contra la

boca; un criado sujetaba la jofaina como si le pesara el doble. El doctor Fabius salió de la alcoba frotándose los ojos y llorando desconsoladamente. Verónica yacía inerte en la alcoba, tendida sobre la cama, con las manos recogidas sobre su voluminoso vientre inmóvil. Su rostro estaba pálido, frío, exánime.

Al verla así, Samuel se acercó y le apartó un mechón de la frente, como tantas veces, y sintió cómo el mundo se desplomaba bajo sus pies. Con un grito desgarrador, sollozando de rabia y desolación, exclamó:

—¡Salid de aquí! ¡He dicho que salgáis todos de aquí! ¡Dejadme solo! ¡Por caridad, dejadme solo con mi esposa! ¡Marchaos, os lo suplico!

Nadie discutió. Fabius reunió a los sirvientes con un gesto y cerró la puerta desde fuera. El silencio que quedó no era el de la paz; era el de un reloj al que alguien hubiese quitado la cuerda. Todos abandonaron la habitación en silencio, mientras Samuel, abatido, se dejó caer en la cama junto a su amada. Apoyó la frente en el vientre inmóvil, escuchando un latir que ya no estaba. Después se sentó al borde de la cama, tomó la mano de Verónica y se la llevó a los labios. Habló en voz tan baja que solo él mismo lo oyó.

—Perdona, amor. Llegué tarde a un lugar donde no hay llegada.

Buscó el amuleto en el cuello de su amada: ámbar, cuarzo, ónice. El cuarzo se había oscurecido como una fruta madura. Lo sostuvo un instante y lo dejó sobre la mesa, junto a un pañuelo que aún conservaba su perfume. Con las manos temblorosas sujetó las frías manos de Verónica y las besó una y otra vez, compulsivamente, mientras las lágrimas surcaban su rostro. Permaneció allí, llorando desconsolado durante lo que parecieron horas eternas.

Luego se dirigió a la ventana, la abrió y la noche entró de golpe, con la luna llena apoyándose en el borde de la cama como una visita inesperada. Samuel alzó la vista. La luz de la luna inundaba la habitación, pero su mirada, absorta y perdida en el infinito, parecía buscar respuestas que nunca llegarían.

—Escúchame —dijo al cuarto, o a quien quisiera oírlo—: te voy a devolver el tiempo que me quitaste. No sé a quién tendré que pagárselo, pero lo pagaré.

Samuel permaneció allí hasta que el frío le hizo mella. Al salir, cruzó el pasillo sin ver a nadie. Fabius quiso decir algo y no encontró palabra. El niño mensajero lo miró como se mira una puerta cerrada. Afuera, la ciudad parecía contener la respiración. Adentro, una vela consumía la última forma del día. Y, en algún lugar, ya sin consuelo, una idea empezaba a rondarle.

La desesperación y la rabia por la pérdida de su amada, pues la sombra de Gante se había cobrado a sus primeras víctimas, lo consumieron por completo. En ese momento, con un dolor inabarcable, Samuel renegó de su fe y juró que terminaría su artefacto a cualquier precio. Se prometió que lo construiría de tal manera que le permitiera recuperar el tiempo perdido, ese tiempo que no había podido —o no había sabido— compartir con Verónica.

Es bien sabido que, cuando el cristal de roca sufre, se cuarteo y pierde su pureza, volviéndose translúcido. Al ser considerada una roca viva, con sentimientos y personalidad propia, es un excelente conductor de energías sutiles. Se dice que reacciona según el trato que recibe: se alegra o se enfurece, protege de las energías negativas y transmuta la positiva; pero, si se enoja, descarga su ira sin piedad. Esto fue precisamente lo que le ocurrió a Samuel; cegado por su obsesión, no escuchó a Verónica. No se percató de cómo el amuleto de ónice y cristal de roca que ella portaba se había cuarteado, perdiendo su transparencia original y presagiando lo peor. La advertencia estaba allí, pero su ceguera le impidió verla.

Tras la muerte de Verónica, quedó sumido en un duelo interminable. Durante semanas permaneció solo y desolado en la misma habitación donde había fallecido su amada, negándose a salir o a interactuar con el mundo exterior, e incluso a comer. Con el tiempo, y de forma casi mecánica, comenzó a retomar su trabajo a altas horas de la madrugada. Ya no lo hacía con amor ni entusiasmo, sino con

una voluntad fría y desesperada por completar la anhelada Caja del Tiempo.

La pasión de antaño había sido reemplazada por rabia y rencor, emociones que se manifestaban en cada golpe, cada tallado, cada detalle. El trabajo, que alguna vez había sido una obra de amor, ahora se realizaba como parte de un extraño y oscuro ritual, cargado de emociones contradictorias y de la desesperación por revertir el tiempo que se le había escapado entre sus temblorosas manos.

Atrapó la caja, notando cómo un frío inusual emanaba de ella, como si la misma sombra oscura de Gante hubiera impregnado la madera. La limpió y pulió con delicadeza, como si acariciara la pálida y suave piel de su amada, comenzando su mágico y, a la vez, trágico ritual. Mientras barnizaba la caja, parecía que la esencia de ese crudo invierno, lleno de presagios y misterios, se enroscaba alrededor del artilugio, envolviéndolo en una oscuridad intangible.

La resina de Thoodlay, mezclada con unas gotas de la sangre de Verónica, tintó la madera de Zhôan de un rojo profundo, casi trágico, como si ese color representara la misma vida de Verónica drenada por el dolor y la pérdida. La esfera alojada en el núcleo de la caja se oscureció al instante. A partir de entonces, el artefacto quedaría ligado a la intención moral de quien lo poseyera.

Con cada pincelada, Samuel sentía cómo su tristeza, odio y desesperanza se fundían con el barniz, penetrando en la caja como una maldición imposible de ignorar. La sombra de Gante parecía habitar en su interior, acechando en silencio, esperando pacientemente el momento de reclamar una nueva alma en busca de paz.

Bajo la influencia de aquel ritual oscuro, la caja se transformaba en un hilo conductor para esa sombra, lista para desatar su venganza sobre cualquiera cuya alma no fuera pura y noble.

El precioso Ratnaraj, el rubí central de la caja, ya no lucía un rojo encendido. En su lugar, se apagaba en un oscuro tono granate, reflejo de la maldición que habitaba en su interior y que observaba al acecho desde las profundidades. Samuel percibió que este artilugio no solo

acumulaba tiempo, como había planeado, sino también los recuerdos y sentimientos de su creador: el amor perdido, la amargura, la rabia. Todo aquel que osara abrirla sin ser digno encontraría en su interior la maldición de Gante, una desdicha tan implacable como la sombra que recorría la ciudad cada cien años.

El alquimista, sin descanso, talló debajo del extinto rubí unas frases que decían:

«... Minutos, horas, segundos. Tiempo anhelado, tiempo malgastado. Tiempo compartido, tiempo que pasa. ¡Tiempo, en fin, que ya nunca volverá!» ...

Así, Samuel completó el ritual, convencido de que había creado un objeto capaz no solo de atrapar el tiempo, sino también de vincularse al oscuro destino de aquellos insensatos que intentaran desentrañar sus secretos. Con manos temblorosas, roció unas gotas de la sangre de Verónica sobre la esfera de cristal alojada en el núcleo. Al instante, esta comenzó a perder su transparencia original, como si absorbiera el dolor y la tragedia.

A partir de ese momento, el funcionamiento de la caja quedó ligado a las intenciones de su poseedor. Según fueran sus deseos y motivaciones, el artefacto podría traer consigo prosperidad o desatar algún trágico suceso, pues la caja no era solo un contenedor de tiempo, sino también un reflejo del alma de quien la usara.

Con enorme precisión, con gran delicadeza y amor, continuó aplicando una pincelada de barniz tras otra a su ingenio, a su preciosa caja, como si estuviera peinando con cada trazo a su amada. Al terminar el proceso, la colocó con cuidado en la repisa de la ventana, bajo la luz de la luna llena. Samuel esperó a que los mágicos hechizos de la luna actuaran como catalizador para activar su mecanismo y servir como hilo conductor de sus macabras pretensiones.

Sin pérdida de tiempo, escribió apresuradamente en un pergamino:
«¡Amor, quisiera retener el tiempo por un instante! ¡Quisiera que ese tiempo retenido por un instante fuese siempre junto a ti, mi amada Verónica!» ...

Sin pensarlo dos veces, accionó el mecanismo que abría la ranura e introdujo sus notas, mientras la melodía resonaba suavemente, haciendo vibrar la esfera de cristal alojada en el núcleo. El rubí comenzó a emitir destellos, como si se tratara de una inequívoca señal codificada en un lenguaje luminoso.

Samuel, presa de la desesperación, buscó desafortunadamente por todos los rincones de la estancia el pergamino con el poema que Verónica le había dedicado el día en que sellaron su amor eterno. En un arrebato de rabia, angustia y locura, lo tomó en sus manos y, con un grito ahogado, lo rompió en mil pedazos que esparció por la habitación mientras las lágrimas surcaban su rostro.

Más tarde, cuando la tormenta de emociones dio paso a una amarga calma, Samuel, con movimientos pausados, comenzó a recoger uno a uno los fragmentos del poema, como si con ello intentara recomponer no solo el pergamino, sino también las piezas rotas de su alma:

«Te regalo un poema. Un poema de amor. Cálido, como una tarde de verano, junto a ti. ¡Sé que es precioso amar a un ser hermoso! ¡Sé que es hermoso amar! Simplemente amar a un ser maravilloso como tú, Samuel.» ...

Y, de inmediato, introdujo los fragmentos por la pequeña ranura abierta en la caja.

Samuel, sumido en su introspección, murmuraba en silencio para sí:

»No sé cuánto tiempo llevo aquí. Horas. Días. Meses. La caja dicta el ritmo... no yo. Al principio creí que era cansancio. Luego, miedo. Ahora sé la verdad: algo me habita...

»—*Tu herramienta...*

Pensó que la caja le hablaba. La voz era un murmullo de metal oxidado, una sombra que se estiraba detrás de él, aunque cuando giraba... no había nadie. ¿Quién eres? ¿Por qué me sigues? ¿Por qué me eliges?

»—*No te elijo. Te reclamo...*

»¡Dios...! Cada vez que habla, siento que algo dentro de mí se rompe. Como si mis pensamientos fueran paredes viejas que comien-

zan a resquebrajarse. La caja me observa. Sí. Me observa. Incluso sin ojos. Puedo sentirlo. Su pulso. Su respiración. Su hambre. Y yo... yo sigo alimentándola.

»—*Porque naciste para eso...*

»No. No es verdad. Yo era un alquimista. Un artesano. Tenía un propósito. Un sueño.

»—*Lo tienes aún. El que yo te di...*

»Me duele pensar. Me duele recordar. Cada vez que intento reconstruir mi vida antes de esto, veo sombras... solo sombras. ¿Fui feliz alguna vez? ¿Tuve un hogar? ¿Amé a alguien?

»—*La memoria es un estorbo. Déjala morir...*

»No puedo. No quiero. Soy Samuel. Soy...

»—*No eres nada sin mí...*

»Cállate. Por favor. Cállate. Mis manos no me escuchan. Siguen tallando. Herramientas que se deslizan como guiadas por otra inteligencia. La caja respira más fuerte. Su luz late. Su núcleo susurra. Estoy tan cansado.

»—*Ríndete. Yo terminaré tu obra...*

»Pero... ¿Y si no quiero terminarla? ¿Y si la caja no debe existir? ¿Y si lo que estoy construyendo no es una maravilla... sino una prisión? ¿O peor... una llave?

»—*Exacto...*

»¡No! ¡No, no, no...! Dios mío. Es esto. La caja no me necesita para nacer. Me necesita para abrirse. Para volver. Para despertar. Siento que me hundo. Que mis pensamientos se derriten como cera al fuego. Que mi alma... se afloja como una bisagra vieja. ¿Samuel? ¿Dónde estás?

»—*Aquí. Conmigo. Donde siempre debiste estar...*

»Me esfuerzo por respirar. Pero incluso el aire parece responder a otro. ¡No quiero seguir! No quiero. No quiero.

»—*No importa lo que quieras. La obra ya te ha devorado...*

»La sombra se inclina sobre mí. La siento, fría y antigua, como una noche sin estrellas. Mi vida ya no es mía. Mi mente ya no es mía.

Mi destino ya no es mío. Pero aún queda una chispa. Una voz débil, perdida entre las ruinas de lo que fui: Samuel... resiste.

Y la sombra, riendo, exclamó:

»—*Eso ya no importa. Porque yo... ya he empezado a nacer...*

Apresuradamente y angustiado, escribió una última nota, esta vez dirigida a su fiel ayudante, Germán, a quien consideraba como un hijo, el heredero que había perdido y en quien había depositado todas sus esperanzas para que continuara su legado, hasta que su propio retoño pudiera algún día hacerse cargo.

En la nota, le legaba todas sus pertenencias: el taller, la casa-palacio y, por supuesto, su preciada y anhelada caja. Sin embargo, le encargaba un propósito claro y definitivo: destruirla cuanto antes, pues él, consciente de la maldición que se alojaba en ella, había sido incapaz de hacerlo. Allí adonde estaba decidido a ir, ya no la necesitaría.

Con gesto silencioso y solemne, se llevó dos dedos a la boca y, humedeciéndolos con saliva, apagó la llama del candil, que dejó escapar un tenue hilo de humo en la penumbra. Luego, abatido y desolado, se retiró sin rumbo fijo.

De Samuel, el alquimista de Gante, nunca más se supo. Su figura desapareció entre las sombras de la historia, dejando tras de sí un legado envuelto en misterio y una obra cuya existencia parecía desafiar al propio tiempo.

Meses más tarde, Germán seguía sin noticias de su maestro. Había leído y releído la nota que le dejó; le había dado mil y una vueltas, reflexionando dónde podría encontrarse. Pero él se sentía tan creador de la caja como su maestro; debido a ello y, a pesar de las indicaciones expresas que le había dado el alquimista, tampoco fue capaz de destruirla. Pensó, equivocadamente, que él era el alma noble y pura a la que se refería Samuel y que sería quien activaría su mecanismo. Pero el alquimista no le contó los cambios que había realizado en la caja en aquel terrible trance de tristeza, arrebató y locura tras la trágica muerte de su amada.

Unos meses después, recibió la visita del joven Bo, interesándose por el krýstallos. Este, con desprecio, negándole toda información, lo despachó sin contemplaciones.

En un alarde de protagonismo, exhibió la caja en ferias, círculos políticos y comerciales y en toda ocasión que se le brindaba. Un ingenio increíble, sin precedentes, que suscitó la curiosidad, la envidia y el recelo de nobles, banqueros, personas adineradas, gobernantes e incluso príncipes. La codicia y las ansias de poseer todo el tiempo del mundo lo cegaron, y esa fue su perdición. Rápidamente, la leyenda de la caja y la voz de su existencia se propagaron por todos los confines.

No sabemos a ciencia cierta si la Caja del Tiempo que Samuel había creado llegó realmente a funcionar, si acumuló y recuperó el tiempo perdido, o si solo fue un conductor para la sombra oscura que se cernía sobre Gante en aquel invierno de presagios. Pero lo que sí sabemos es que todos deseaban poseer este ingenio a cualquier precio, un artefacto que, como si estuviera impregnado de aquella maldición centenaria, transformaba a su poseedor de manera inexorable. La caja despertaba lo peor en los corazones humanos, los volvía ambiciosos, egoístas, ruines, hasta convertirlos en sombras de lo que alguna vez fueron, despojos humanos que sucumbían al enfrentamiento, al descrédito, a la destrucción moral y, finalmente, a la muerte más cruel.

Era tal la adicción y el embrujo que generaba la posesión de este singular artefacto que sus pretendientes no dudaban en matar o morir solo por tenerlo entre sus manos, aunque fuera por un instante. Era como si, al tocarlo, pretendieran capturar un fragmento del tiempo y la esencia de las cosas, sabiendo que ello les costaría su alma.

La caja fue cambiando de propietario en propietario, desatando infortunios y desdichas en cada uno de ellos, como si aquella sombra de la ciudad flamenca los reclamara, uno a uno, por haber osado desafiarla.

Tal fue el despropósito causado por el ingenio de Samuel que, en un atisbo de lucidez, Germán la recuperó y, ahora sí, obedeciendo los

consejos de su maestro, intentó destruirla. Pero la caja parecía tener vida propia; la voluntad de Germán flaqueó una vez más, como si una fuerza oscura lo mantuviera atado a ella, incapaz de liberarse de su poder. Finalmente, decidido a detener su influencia, ocultó esa joya maldita, creyendo que así terminaría la ambición de los hombres por poseerla y, en consecuencia, su deseo de controlar el tiempo.

Sin embargo, la sombra no tardó en reclamar su próxima víctima.

Bo, el joven hindú, regresó a la casa-palacio de Samuel, donde ahora vivía Germán. Golpeó y empujó la puerta con los nudillos. Nadie respondió. El pasillo olía a carbón apagado y a vino agrio. Avanzó de puntillas, como si no quisiera despertar a la casa. Al fondo, una alcoba con la puerta entornada. Llamó otra vez.

—¿Germán...?

El silencio fue una cuerda tensa. Empujó la puerta y lo vio entonces: Germán yacía en el suelo, el cuello ladeado, los ojos idos; la sangre extendida como un abanico oscuro sobre una alfombra de Cachemira que parecía saborearla sin protestar. Bo no gritó; el sonido se le quedó atrapado en el pecho. Dio un paso, después otro, y se arrodilló junto al cuerpo degollado. Buscó un pulso por inercia. Nada.

En la mesa, un vaso volcado; en el aire, ese olor acre a sangre que envolvía toda la sala. La Sombra —no la de la luz, la otra— parecía posada en las cornisas, esperando que Bo dijera el nombre de alguien. No dijo ninguno.

Se obligó a moverse. Abrió cajones, tanteó bajo el lecho, golpeó con los nudillos los rodapiés por si había huecos. Nada. Se inclinó hacia el retrato de Verónica: el barniz devolvió un brillo lechoso a la luz de la ventana. Sintió que lo miraba. Probó a agitar el marco. Inmóvil. No encontró la caja.

Bajó a la cocina, volvió a subir, recorrió pasillos sin saber cuánto tiempo había pasado. Cada habitación repetía la misma frase muda: «¡No está aquí!»... «¡No está aquí!»... En su cabeza, como un murmullo de mercado, comenzaron a crecer rumores: hombres con botas dúctiles, sicarios del príncipe regente buscando la caja en un escondri-

jo, preguntas dichas en voz baja que no admiten respuestas. Bo tragó saliva. No podía quedarse.

Regresó a la alcoba. Con dos torpes dedos cerró los ojos de Germán y, por un instante, apoyó la frente en la madera del marco.

—Perdón —dijo sin voz—, y fue todo.

Salió como había entrado, pisando aire. Afuera, la nieve caía sin ruido y las campanas se negaban a dar la hora. En la esquina, Bo se detuvo. Miró hacia atrás: las ventanas parecían párpados cerrados. Echó a andar rumbo a la India, a su casa junto a Rahú, con el paso de quien sabe que lo que busca ya eligió el sitio para esconderse.

Nadie sabría —no aún— que la caja dormía oculta, emparedada tras ese mismo retrato, en un falso tabique de la habitación donde Verónica había dejado de respirar, como si la sombra misma la vigilara desde aquel lienzo.

Pero esa noche la Sombra quedó satisfecha, por ahora. Los rumores decían que Germán había sido torturado y asesinado por los sicarios del príncipe regente, en un intento desesperado por hacerlo confesar el lugar donde escondió el precioso artilugio.

Varios años más tarde.

La trágica muerte de Germán hizo que el deseo de poseer aquel artefacto maldito comenzara a desvanecerse. La caja permaneció varios lustros oculta en ese mismo lugar donde había sido escondida.

Con el paso de los años, cayó en el olvido, hasta que un buen día un noble y rico mercader, el señor Nicola Copollini, conocedor de la leyenda de Samuel y su trágica historia, adquirió la residencia de este.

Copollini, noble florentino con gusto de coleccionista, esteta más que iniciado, apreciaba el valor histórico y la belleza, no el peligro hermético. Poseía el dinero suficiente para comprarse caprichos con historia, lo que le llevó a adquirir la antigua residencia de Samuel en Gante. Fascinado por su pasado, encomendó a sus sirvientes que, durante la reforma de la casa, respetaran al máximo la disposición original.

Los albañiles llevaban horas peleándose con un muro que no figuraba en los planos.

—Tabique de relleno —dijo el maestro de obra— y alzó el mazo.

Nicola Copollini, con las manos en la espalda, le pidió paciencia.

—Sin prisas. Respeten la disposición original —recordó—. Esta casa tiene memoria.

La luz de la tarde entraba por los ventanales del salón y levantaba polvo en briznas doradas. Sobre la pared de la alcoba colgaba un retrato de mujer: rostro sereno, ojos que parecían seguir el movimiento del cuarto. Tras meses de trabajo y, casualmente, uno de los peones, al apoyar la escalera, notó que, con un golpe hueco, el marco vibraba.

—Señor, aquí suena... distinto.

Nicola acercó la oreja. El golpe devolvió un sonido hueco, un vacío breve, promesa de algo guardado. Mandó bajar el cuadro con cuidado. La pared, detrás, mostraba una línea imperfecta, un rectángulo sellado con yeso antiguo.

—Solo el perímetro —indicó—. Y sin romper la moldura.

Los golpes fueron pequeños, casi tímidos. Al despegarse el último ladrillo, apareció un hueco oscuro y, dentro, envuelta en una tela negra endurecida por el polvo, una caja de madera del tamaño de un pequeño cofre de escritorio. La bajaron a una mesa. Nicola deshizo la tela con dedos atentos, como quien desenvuelve una obra de arte.

La madera, de veta cerrada, tenía un brillo pálido que sobrevivía al polvo. En la tapa, el doble uróboro labrado y quemado a fuego; en el centro, una piedra granate: un rubí tallado en estrella, montado en un aro pálido. En la superficie, un reloj enigmático.

Nicola sonrió, encantado.

—Magnífica. Un capricho de algún caballero con imaginación.

El maestro de obra carraspeó.

—Señor... dicen que en esta casa hubo desgracias.

—En todas —replicó Nicola, sin dureza—. La desgracia no se hereda con los muebles.

Pasó la yema del dedo índice por el borde del aro, notó la finísima irregularidad del grabado. No hubo descargas ni susurros ni sombras que crecieran: solo un silencio que parecía escuchar. Eso, precisamente, le gustó.

—A mi despacho —ordenó—. Aquí habría sido mero hallazgo; allí será tema de conversación.

Los hombres se miraron entre sí. Llevaron la caja por el corredor recién pintado. En el despacho, Nicola la situó sobre la mesa, entre un globo terráqueo y un reloj de sobremesa.

—Perfecta —dijo—. No la pulan. Que conserve su textura.

Pidió que colgaran el retrato de Verónica en la pared opuesta a la mesa de su despacho, para poder contemplar la dulzura que emanaba del rostro de la joven. Cuando los peones se marcharon, cerró la puerta. Abrió un cuaderno de registro y anotó: «Cofre hallado tras tabique. Trabajo anónimo. Motivos herméticos. Pieza de conversación». Lo consideró un simple objeto decorativo, convencido de que su historia era solo una leyenda. Luego se sirvió un borgoña y, por puro juego, tocó con el dedo los tres puntos imposibles del reloj: uno, tres, ocho.

Nada ocurrió, salvo una leve sensación de orden, como cuando un libro cae en el estante que le corresponde. Nicola alzó la copa hacia la caja, brindó sin ironía y, satisfecho, volvió a sus papeles. La tarde siguió su curso, dócil, como si nada extraordinario acabara de entrar en el mundo.

Pero la sombra de Gante parecía despertar de su letargo. El pobre señor Copollini jamás llegó a descubrir los misterios que la caja ocultaba ni pudo intuir el mecanismo que permitía acceder a su interior.

Un tiempo más tarde, unos despiadados bandidos, atraídos por los rumores de fortuna que rodeaban el ingenio, acabaron trágicamente con su vida. Los forajidos, ávidos de dinero, saquearon la casa y se desprendieron de todos los objetos robados, uno tras otro, incluida la caja que, deteriorada por el tiempo, el maltrato y los avatares del destino, pasó de mano en mano, de mercadillo en mercadillo, como un oscuro amuleto de desgracia.

Desde allí, según se dijo, un comprador anónimo partió de madrugada. Un agente imperial cruzó los Alpes con un arcón sin marcas, de posta en posta, hasta Viena y, más tarde, Praga.

Praga, varios meses más tarde.

En la ciudad de los astros y las máquinas imposibles, la caja encontró un destino acorde a su leyenda: el gabinete de maravillas donde Rodolfo II acumulaba enigmas como otros coleccionan aguafuertes.

Lo que siguió ya no fue compraventa ni hallazgo, sino obsesión: alquimistas, jesuitas, rectores y embaucadores tratando de abrir lo que no quería ser abierto. Y la caja, paciente, volvió a callar.

Por capricho del destino, quizás, y de esos azares que parecen haber sido escritos con mano minuciosa, la Caja del Tiempo pasó a las manos del emperador Rodolfo II de Bohemia. Su boticario y hombre de confianza, Jacobus Horcicky de Tepenez, al que la corte llamaba Sinapius, se la presentó con una sutil reverencia.

—Majestad —dijo—, ha llegado por fin el objeto del que le hablé. No me he atrevido a abrirlo.

Rodolfo, docto en jeroglíficos y en lenguas extrañas, acercó el rostro a la tapa como quien escucha un acorde musical.

—¿Cómo se contiene algo así sin curiosidad, Sinapius?

—Con obediencia. Y con un poco de miedo, si me permite, alteza.

El emperador leyó en voz baja un anagrama grabado en el aro pálido del rubí. Sonrió, fascinado.

—Es hermosa... y no nos necesita. Llamad al cardenal Georgius Barchius. Si existe una llave, estará en su biblioteca.

Sinapius dio un paso atrás, ya cumplida su parte. La fama de Rodolfo precedía a su persona, pero no a la lógica del artificio de Samuel: el monarca no supo «manejarlo» y, fiel a su hábito de delegar enigmas, hizo venir al célebre y oscuro alquimista de Praga.

Barchius llegó con un tenue olor a mirra y metal. Desplegó notas al borde de la mesa, midió proporciones, rozó los pulsadores.

—Algunos objetos se abren por fuerza —dijo sin teatralidad—; otros, por fe; este, por número. Mire: uno, tres, ocho. Cierta orden natural que algunos autores describen.

—¿Y bien? —Rodolfo tamborileó con impaciencia contenida.

—Bien... necesitaré tiempo. Años, quizá. Déjemela, alteza, y descifraré para usted el enigma que atesora.

Rodolfo asintió con esa mezcla suya de capricho y abdicación.

—Llévela. Tráigame las horas que se esconden dentro y un informe que pueda leer antes de morir.

La caja permaneció varios años en manos de Barchius. Sus paredes se cubrieron de triángulos y cadenas de letras descompuestas. El cardenal fracasó estrepitosamente, pero no cedió: su obsesión crecía cuanto más lo desdeñaba el cofre.

—Si la tecla es el anagrama, el rubí no es piedra: es sílaba —murmuraba—. Si la tecla es el ritmo, estos pulsadores marcan compás... uno, tres, ocho... —y se detenía, exasperado—. ¡Ríete, sí! Ríete de mí y de mi caja.

Por entonces, Rodolfo II había abdicado; enfermo, demente y delirante, olvidó la caja entre tantas maravillas. Y el vacío del poder, como siempre, creó tránsito.

Un jesuita de sotana gastada se presentó con una reverencia perfecta.

—Athanasius Kircher, a su servicio, eminencia. He sabido de su... contrariedad.

—El emperador me la confió —repuso Barchius—. Y con ella, su paciencia. Admire todo lo que quiera, desde lejos.

—Solo vengo a aprender. Las cosas calladas... me hablan —sonrió Kircher con ironía.

—A mí también. Con usted delante, elevan la voz. Vuelva otro día —dijo con desdén.

Kircher volvió muchos días más. Y no siempre por la puerta. Su erudición —diccionarios coptos, jeroglíficos reconquistados— se trocó en deseo puro de poseer la caja. Incapaz de convencer a Barchius, esperó el resquicio. Una noche sin luna, la lámpara de la biblioteca dejó

una franja de sombra sobre la mesa. Kircher pasó los dedos por el aro como quien pide perdón antes del robo.

—Te prometo cuidado —susurró—. Y hacerte justicia.

Cuando Barchius regresó con otra lámpara, solo encontró el hueco.

—¡Ladrón! —gritó. Pero en sus gritos se mezclaron la ira y el alivio: la obsesión también pesa.

Athanasius trabajó como se trabaja un deseo. Apiló anagramas, trazó líneas que partían del rubí para tocar símbolos sin doctrina. Golpeaba la madera con el nudillo, marcando su letanía: uno, tres, ocho; uno, tres, ocho, sin abrir nada. Empezó a sentirse vigilado: pasos coincidentes, miradas detrás de la puerta; rumores de una mano negra —¿quizá la de Barchius?— orbitando su cuarto.

Preocupado, escribió a su amigo: «Marci, si no vuelvo, si caigo enfermo... toma la caja y escóndela. Que los números no me cuesten la garganta».

Johannes Marcus Marci, rector de la Universidad Carolingia de Praga, respondió el mismo día: «Te guardaré el secreto, Athanasius. Pero prométeme que dejarás dormir a los demonios. Ningún anagrama vale una vida».

Kircher no respondió. Empaquetó la caja en lino, añadió una carta para Marci y sus últimas notas.

—Te vas con él —le dijo al cofre—. Yo me quedo con la sombra.

Días más tarde, Marci llegó jadeando a la casa del jesuita.

Halló el crucifijo retorcido, el mobiliario desvencijado y papeles esparcidos por la estancia, como plumas de un ave muerta. En el suelo, Athanasius yacía degollado sobre un charco de sangre, intentando dibujar un signo que nadie leería.

—¡Kircher! —exclamó Marci, arrodillándose junto a él—. No quedaba pulso.

La estancia había sido registrada por alguien que sabía dónde buscar. El rector palpó la viga baja tal como le había indicado su amigo en su escrito: allí estaba el paquete de lino.

—Perdóneme —murmuró—. ¿Qué has despertado...?

Se llevó la caja bajo el gabán, con la dignidad asustada de quien roba un cadáver y guarda un rey.

En su despacho, la dejó sobre una mesa desnuda.

—No te voy a abrir —dijo—. Te voy a guardar.

Buscando claves, Marci viajó a Amberes. Por azar —o por una guía más antigua que la voluntad—, descubrió el tratado de la *Steganographia* del abate Tritemio, que supuestamente le abriría las puertas al conocimiento de lo oculto y le daría motivos para intentar comprender los enigmas y anagramas del artilugio. Le llamó la atención; la ojeó con deseo y, con el tiempo, no tuvo más remedio que recurrir al ámbito de lo sobrenatural, pues los métodos habituales para descifrar sus códigos y desentrañar sus secretos habían sido en vano.

—No se trata de la letra, sino del orden... —susurró—. Pero ¿qué orden es este?

De vuelta en Praga, un hombre de sonrisa torneada se presentó ante él:

—Rafael Mnishousky, rector. Traigo solución a sus dudas: criptografía y magia. Abriré la caja sin dañarla. Únicamente necesito... ochocientos ducados para operar discretamente.

Marci lo midió como se mide una cuerda lanzada desde una barca dudosa. Había agotado los caminos rectos.

—Le pagaré. Pero lo hará aquí mismo, bajo mi luz.

—Así será —prometió el embaucador.

Tres noches de velas, cálices y pentáculos que olían a farsa; sílabas sin gramática, dedos teatrales sobre los pulsadores.

—Uno... tres... ocho... —entonaba Mnishousky.

La caja callaba.

Al amanecer del cuarto día, Marci habló sin alzar la voz:

—Basta. He sido un necio... Y usted, un ladrón.

Los guardias entraron. En la puerta, el timador aún intentó una última pirueta:

—Falta un ingrediente, rector: un cabello del emperador... o una gota de su sangre.

—Te faltan años de cárcel, embaucador —replicó Marci—. Y te sobran dedos.

La sentencia fue rápida: mutilación por fraude y embuste. Mni-shousky perdió tres dedos, la nariz y parte de una oreja. El rumor corrió por la ciudad; la caja permaneció más cerrada que nunca.

Marci pensó en esconderla en una iglesia, pero el cielo y la corte hablaban demasiado. Llamó a un albañil de confianza.

—Necesito un tabique —dijo—. Aquí, detrás de este cuadro. Sin marcas. Sin recuerdos.

El hombre trabajó en silencio. Al terminar, el rector tocó la pared nueva como quien bendice un sacramento.

—Dormirás aquí hasta que pase el ruido —susurró a la caja—. O hasta que el ruido te necesite...

Los años se plegaron. El emperador Rodolfo, ya abdicado, respiraba entre medicinas y colecciones innominables. Miraba objetos que no recordaba y mujeres que jamás habían existido.

—Majestad, ¿recuerda la caja? —se atrevió a decir Sinapius.

Rodolfo sonrió con esa dulzura inconveniente de los enfermos ilustres.

—Las cajas que no se abren son las que más pesan —dijo—. Dile a Praga que me perdone.

—Se la llevó la ciudad, señor —respondió Horcicky—. Praga no pierde sus sombras.

Pasó el tiempo y, durante una reforma estival, el polvo traicionó el espigón del muro. Un trabajador golpeó y oyó el hueco. Derribó el ladrillo y encontró la caja. Sin comprender la maldición ni el valor, creyó hacer un buen negocio con aquel objeto curioso: la cambió por unos pocos ducados y una historia mal contada.

En una celda demasiado limpia, Barchius escribió una carta que nunca envió: «El enigma no era para nosotros; era sobre nosotros».

En Praga, la erudición, la codicia y la superstición hablan idiomas distintos; la caja los entiende a todos... y no obedece a ninguno.

La caja pasó nuevamente de mano en mano, envolviendo a cada nuevo propietario en un aura de misterio. Tiempo después, llegó a las manos de unos buhoneros errantes, quienes, atraídos por su extraña y enigmática apariencia, decidieron llevarla consigo. Con cada mercado al que acudían, atraía cada vez más miradas curiosas y codiciosas, pero también generaba una inquietud inexplicable en quienes se atrevían a contemplarla de cerca.

Durante años fue de caravana a mercadillo: pasó de buhoneros a mendigos, de comerciantes a nobles, como si buscara por instinto el camino de regreso a Gante. En el palacio de Coudenberg reapareció entre inventarios y susurros.

—¿Quién puso esto aquí? —preguntó un escribano, tanteando la tapa de la caja con la vista.

—¡Nadie la puso! —respondió, horrorizada, una doncella que había oído rumores en el pasado, santiguándose compulsivamente—. Volvió ella misma.

La Sombra de Gante, vieja deuda centenaria, esperó paciente y cobró una vida más sin estruendo; apenas un pliegue nuevo en los murmullos del palacio.

Tiempo después, un sirviente la sacó a escondidas, llevándola al castillo de Steen, junto al río Escalda, soñando con una buena venta. Entre el frío y la humedad, la caja reverberó como si las piedras le devolvieran su propia oscuridad.

—Con esto me haré rico —dijo el sirviente, frotándose las manos.

—Si te haces rico con algo que no habla, ¡no lo provoques por si acaso! —replicó otro de los sirvientes, con una sonrisa maliciosa, mirando el rubí.

No duró mucho tiempo allí. Su envidioso y sagaz compañero acabó con su vida. Unos buhoneros, atraídos por la apariencia enigmática del cofre tras matar al sirviente y robársela, la cargaron en su carreta

rumbo al puerto de Flesinga, en Amberes, donde los muelles tragaban y escupían maravillas de medio mundo.

Puerto de Flesinga, Amberes. Semanas más tarde.

Allí fue ofrecida al navegante siciliano Piero de Lucca, quien, hábil comerciante que era, la adquirió a un buen precio.

Piero de Lucca, el hombre que se alquilaba para que las cosas llegasen donde debían sin preguntar por qué. *Fixer* de Livorno y Venecia, abriendo puertas, consiguiendo permisos, escoltas y rutas, conectaba compradores con vendedores, movía mercancías «difíciles» de mover y resolvía obstáculos legales o de la zona gris, a cambio de suculentas comisiones. No era capitán ni mercader: era el engranaje que hacía que el trato ocurriera. Ponía a dialogar puertos y palacios con una sonrisa que firmaba contratos y una libreta de cuero marcada con las iniciales P. d. L.; en sus páginas, la tinta negra contaba el negocio y la roja el verdadero margen. Olía a clavo y a vino especiado, llevaba en la chalina un alfiler de San Nicolás, patrono de mercaderes, y caminaba como quien sabe exactamente a qué puerta llamar. No creía en maldiciones; creía en porcentajes.

—La superstición solo sirve si sube el precio —solía decir.

Su agenda era un enjambre: *facchini*, *gondolieri*, escribanos, contables, alguaciles de confianza. Si olía peligro, desaparecía dos días o más y volvía con una coartada asegurada. Cuando negociaba, contaba en voz baja: tres, uno, ocho, como si cada cifra fuese un peldaño hacia el trato.

En medio del bullicio, en el puerto de Flesinga, Piero y el señor Osmandi Devleti se encontraron por azar en una sala baja, entre mapas y cortinas que olían a rancias especias. Piero, hábil comerciante, ofreció la caja a Devleti.

Osmandi Devleti, gran comerciante otomano de modales impecables: perfumes discretos, telas finas, *tasbih* de ámbar entre los dedos,

guantes de cabritilla y el protocolo en la espalda; postura recta, gestos medidos, silencios exactos. Esteta cortesano antes que aventurero, coleccionaba historias con el mismo celo con el que revisaba inventarios. No creía en maldiciones; creía en la *baraka*, esa gracia que legitima y protege; por eso, al posar la mano sobre la Caja del Tiempo que le ofreció Piero, la tocó tres veces, como si llamara a una puerta conocida.

—Un regalo pesa menos que un ejército y llega más lejos —decía Osmandı al brindar, convencido de que la caja sería su pasaporte político. Había resuelto, o así lo proclamaba, un tratado comercial en nombre del sultán Abür Raihan Muhammad, y pensó presentársela como trofeo y prenda de alianza: prestigio y bendición en un mismo objeto. Esa fe, casi litúrgica, era también su punto ciego: la vanidad del hombre que confía más en el lustre del protocolo que en la astucia del mercado.

—No vendo objetos, señor Devleti: vendo tránsitos —sonrió Piero, mostrando la caja y la libreta—. Paso seguro, escolta y, si el sultán cambia de idea, compradores alternativos. Livorno para el transbordo, Venecia para el salón privado.

De esta manera, la caja fue adquirida en Flesinga por el comerciante turco, quien volvió a tocar tres veces la tapa, como quien activa la buena fortuna.

—La *baraka* no asusta a quien viaja con luz —dijo.

—Ten cuidado —rio Piero—: la *baraka* se cobra en comisiones a veces bien caras.

—No es solo buena suerte —replicó—; es legitimidad y protección, y puede residir en una reliquia y acompañar a quien la porta. Un regalo así abre puertas que los ejércitos cierran. ¡Sin *baraka*, el trato se seca!

En los muelles de Flesinga, su figura imponía; en los salones de Venecia, su palabra pesaba. Pero, al cerrar el trato con Piero de Lucca, el comerciante que vendía tránsitos no vio la trampa del espejo: mientras él ofrecía *baraka*, el italiano calculaba márgenes. Devleti siguió adelante, cordial y solemne, convencido de que la fortuna y la caja viajaban de su mano, pues parecía escucharlo sin pertenecerle.

Decidió, convencido, llevarla a Italia y, luego, trasladarla a Turquía para ofrecérsela al sultán como prenda del tratado recién sellado en su nombre. Para el tránsito por la península, acudiría a Piero, corredor de favores y antigüedades.

—Quiero discreción —pidió.

—La fe es un precio; la duda, un descuento. Usted pagará fe y yo le ahorraré dudas —sentenció Piero.

En la noche del *fondaco* veneciano, esa mezcla de aduana, hospedaje, almacén y posada de mercaderes, con muelle propio, patio interior y oficinas de aduana —lugar donde se guardaban mercancías, se cerraban tratos y se alojaba el comerciante turco—, el agua olía a hierro, a clavo y a humedad. Devleti llegó con retraso y una copa de exceso en la mirada.

Piero sonrió demasiado y mostró la caja a puerta cerrada.

—¿Los invitados? —preguntó el turco, acomodándose los guantes.

—Puntuales como la codicia —dijo Piero—. Verán una maravilla y olvidarán que están vivos.

Lo que no dijo es que había vendido dos veces la misma promesa: al turco y a un emisario imperial con cartas selladas desde Praga. Hubo brindis, elogios y una cortina que se cerró en el momento justo. De madrugada, un arcón sin marca salió del *fondaco* por una puerta de servicio.

—El emisario imperial partió de madrugada —anotó Piero en su libreta.

Pero los papeles también viajan. Al mismo tiempo que el arcón tomaba la ruta imperial —de posta en posta, Viena y luego Praga—, Piero mantuvo en pie la otra historia: la de la ruta marítima, pues viajaría con Devleti a Turquía con la preciada carga.

Puerto de Salerno, Italia.

Varias semanas más tarde.

En el arsenal de Salerno, un escribano tomó nota del embarque:

—Parten rumbo a Estambul con sedas y especias —anotó este.

Y allí, en el muelle, embarcaron juntos Osmandi Devleti y Piero de Lucca. El turco alzó su copa; Piero, su libreta.

—Por los tránsitos —brindó él.

—Por la *baraka* —cerró Devleti.

Y el barco zarpó hacia el Egeo. Más tarde, el mismo escribano dejó asentado el epílogo:

»—Y jamás se volvió a oír hablar del señor Osmandi, de Piero de Lucca, de su ruta comercial ni de la anhelada Caja del Tiempo —escribió este—. Su barco desapareció en algún lugar entre Salerno y las frías aguas del mar Egeo, llevándose consigo el artilugio de Samuel, el alquimista de Gante.

»—¿Naufragio? —preguntó un mercader.

»—Sí..., versión oficial —dijo otro, encogiéndose de hombros.

La Serenísima no halló constancia de la caja en sus registros. Los muelles siguieron despachando barcos. Y, lejos de la sal y de la leyenda del naufragio, el arcón aguardó en una antesala a que alguien pronunciara su siguiente anagrama, siempre con la Sombra a medio paso, cobrando intereses. Desde entonces, la caja se desvaneció de la vista de los hombres, sumida en la oscuridad del mar y en el misterio de su propia maldición. La sombra de Gante, como una niebla eterna, había reclamado una vez más aquello que le pertenecía. Los nombres del señor Devleti y de Piero de Lucca, entre otros, se sumaron a la larga lista de quienes sucumbieron al influjo de la Caja del Tiempo, que desapareció sin dejar rastro.

¡Y la caja, paciente, volvió a callar!

